

Leila Sucari

FUGAZ

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Fugaz

Fugaz

Leila Sucari

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Uno

 Guarida

 Depósito

 Crisálida

 Pasaje

Dos

 Espuma

 Vacío

 Óleo

 Temblor

 Ofrenda

Sucari, Leila
Fugaz / Leila Sucari. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores,
2019.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-670-600-1
1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

© 2019, Leila Renee Sucari

Fotografía de cubierta: Serie Anónimo, © Sofia López Mañán.
Fotografía de la autora: © Manuel Iniesta

Todos los derechos reservados

© 2019, Tusquets Editores S.A.
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-600-1

A tu demencia

*Un día arrancaré el ancla que retiene a mi navío lejos de los mares.
Con el coraje que se necesita para ser nada y nada más que nada,
abandonaré aquello que me parecía indisolublemente cerca.
Lo cortaré, lo voltearé, lo romperé, lo haré desmoronarse.*

Henri Michaux

UNO

Guarida

La primera vez que lo vi me dio asco. Parecía que estaba a punto de ahogarse. Temblaba y gemía como un animal en cautiverio. Tuve miedo de que me acusaran de asesinato. Por las dudas no quise tocarlo. La enfermera de sombrerito de pájaros me lo trajo envuelto en una manta con olor a lavandina. Lo apoyó sobre mi pecho y se fue. Me dejó sola con una criatura bordó que me miraba fijo y escupía vocales.

La ventana estaba cerrada, afuera llovía. Las gotas se escurrían por el vidrio. Yo no podía moverme. Respiré profundo. Había regresado al vacío. La panza era una buena forma de pasar desapercibida, nadie te mira a los ojos cuando estás embarazada.

Gervasio tenía las uñas largas. Diez garras puntiagudas. Me las clavó en el cuello y sentí un escalofrío en todas las arterias. Moje la cama del susto. Todavía mis piernas estaban dormidas por la anestesia. Entonces lo miré, fue un segundo. Sus ojos redondos, inquisidores. Los brazos rojos y arrugados que intentaban arrancarme el pelo. Era espantoso. ¿Cómo algo tan horrible podía haber salido de mis entrañas? Quise correr, pero el cuerpo no me hizo caso. Ya no me pertenecía.

La enfermera entró sin tocar la puerta. Se había cambiado el sombrero.

—Veo que se entienden rápido —dijo con una sonrisa plateada—. El amor de madre es así.

No respondí. Me pidió que levantara la cola, le hice caso. Puso una especie de balde debajo y me ordenó que hiciera pis. ¿No se daba cuenta de que ya había hecho?

—No quiero —le dije.

Suspiró, parecía cansada o triste. Sacó el tacho y me dio una gasa. En la maniobra la sábana se manchó de sangre. ¿Era mía o de Gervasio? Volví a mirarlo. Seguía vivo. Sus manitos me apretaban con fuerza. La enfermera dijo permiso y corrió el escote de la bata. Me agarró una teta y me miró. Tenía el labio de abajo mordido. Una costra de piel dura le cubría la herida. Le pedí agua.

—Hay que esperar, mamita.

Sus dedos eran suaves. Manipulaba mis pezones con experiencia. La dejé hacer, no me quejé. Fui fácil de domesticar. Al principio no salía nada pero ella insistió. Parecía tener todo el tiempo del mundo. Masajeaba despacio, sin mirar el reloj. Su técnica me daba sueño. Cerré los ojos y sentí una gota tibia brotar de mis conductos. Era una perla de leche transparente.

—Listo —dijo y se fue.

Él apoyó su boca. También estaba muerto de sed. Miré su cabeza llena de pelo. Un espasmo me revolvió el estómago. Lo abracé y se incrustó en mi teta como si la conociera de memoria. Sus labios se transformaron en una ventosa. Lloré en silencio. Quedamos pegados para siempre.

La noche anterior a irme de casa, soñé que me cogía a un perro. Pablo jugaba a matar ciervos en la computadora. El perro tenía la pija flaca y larga. La toqué un rato y me dejé caer sobre ella. Acabé rápido. La leche del animal me llenó de euforia. Pablo festejó. Había pasado de nivel. Ahora asesinaba conejitos. Todo un desafío para su intelecto rastrero. Me levanté mojada y fui directo a su oreja. La chupé hasta provocarle una erección. Cerré la computadora. Me senté encima, imaginé la pija del perro —ahora monumental— mientras le besaba la humedad del cuello. Mi verdugo transpiraba la cena. Sabía a bife jugoso.

Dejé que mis caderas se movieran, el orgasmo vino de pronto. Aullé como si fuera una loba. Exageré para demostrarle que no estaba involucrado en mi placer, que había otro. Pero no funcionó. La ignorancia le provocó una sonrisa. Su ego se infló. Cómo te caliento, dijo el estúpido. Después la sacó de un movimiento y me la metió en la boca. La del perro era más grande. Mastiqué su carne hasta deshacerla. Escupí el semen en el piso. Volví a la cama. Él se agachó y me pasó la lengua entre las piernas. Metió un dedo, pedí otro. Era torpe, le faltaba ritmo. Pero no iba a desperdiciar su trabajo. Cerré los ojos y pensé en la bestia. Al perro le seguía creciendo la pija. Una obra de arte. El encastre fue milagroso. Mis labios lo absorbieron, quise que se quedara adentro para siempre. Que me llegara al corazón como una daga. Cogeme, le dije. Pero no pudo. Hacía rato se había desvanecido en mis efluvios. Lo desperté tirándole del pelo y me acusó de algo que no entendí.

Al día siguiente me levanté temprano. El cuarto olía a sexo. Vomité antes de llegar al baño. El ingenuo dormía, babeaba sobre la almohada de flores. Yo hice cálculos. Me toqué las tetas, busqué síntomas de embarazo en internet. Volví a vomitar. Lo miré, le acaricié el brazo y se me erizó el cuerpo. Me toqué en silencio, al lado suyo, por última vez. Ahogué el grito contra las sábanas sucias. Me despedí con un orgasmo mediocre. Después guardé algo de ropa, improvisé una nota. Del perro no dije nada, del embarazo tampoco. Inventé excusas. Me llevé nuestros ahorros en la planta de los pies. Un par de billetes bien planchados. Cerré la puerta despacio, no quise despertarlo. Preferí no correr riesgos. Las mañanas son peligrosas, uno cree que las cosas tienen sentido. Mejor irse rápido.

Dejé las llaves del lado de adentro. Sabía que no iba a buscarme. Se va a sentir aliviado, pensé. Va a tener más tiempo para él. Con una criatura recién nacida andar a los tiros se complica. La palabra criatura me revolvió el estómago. Los pensamientos también dan náuseas. Me fui mirando hacia adelante. Hice dedo y me subí al primer camión que pasó. Un hombre bizco me trajo hasta acá. Me pidió un beso de lengua y le convidé la mitad de mi chicle. Ya no tenía gusto a nada. No te hagas la virgen María, respondió. Le dije que estaba equivocado y no se opuso. Masticó el chicle con la boca abierta.

Los kilómetros de panza me dieron la razón. Mi hijo no tiene padre. Hui de casa para llegar a ser nadie. Lo conseguí. Ya no recuerdo mi nombre.

Hace cuatro días que no me baño. Andamos casi desnudos, llenos de sudor y de leche. Tengo que cambiarme el algodón a cada rato porque la sangre no para. El departamento huele a hembra en celo.

Tomo agua para calmar las ganas de comer, cocinar con él es imposible. Hoy Marco me trajo un paquete de pañales y una docena de facturas en una bolsa de regalo. Le abrí la puerta del cuarto en bombacha y se rio de mí. Tuve suerte de encontrarlo. En el papelito decía: se alquila habitación

privada para señora o joven estudiante. No soy ninguna de las dos cosas, pero estaba desesperada así que llamé, le dije que cursaba veterinaria. Nos encontramos ese mismo día en el bar de la esquina. Cuando me vio con la panza dijo empezamos mal, yo sonreí porque no sabía qué decir, él se sentó y pidió un agua con gas. Hablamos dos horas sin parar, parecía que nos conocíamos desde siempre. Marco también viene de un pueblo y no tiene a nadie. Le pagué un mes por adelantado con la plata que me había llevado y prometí ser buena compañera.

Gervasio se pasa todo el día succionando. Cuando se queda dormido, siento la piel tirante. Las venas me vibran y no sé qué hacer con el tiempo.

Bajo la persiana. La oscuridad es un placebo. Gervasio baila conmigo, lo acuno entre mis brazos. Pasamos horas moviéndonos. A veces siento que floto, debe ser la falta de sueño. En el hospital me dieron un folleto sobre la depresión posparto. Dice que al menos quince de cada cien mujeres la padecen. Que la ayuda del entorno es fundamental. Enumera una lista de síntomas y teléfonos de emergencia. En la parte de atrás, hay un dibujo de una chica con los ojos desencajados y un bebé que llora en la cuna. NO ESTÁS SOLA, dice en letras rosas.

Tengo miedo de partirme. Los especialistas dijeron que era una incisión preventiva. Me tajearon como si mi cuerpo fuera un sachet de leche vencido. Dijeron que era necesario y me hicieron firmar unos papeles. No pude defenderme del bisturí. Tenía las piernas atadas a la cama. Ahora estoy rota, llena de hilos y de coágulos. Me cosieron entre dos enfermeras. Yo miraba el suelo. La sangre oscura formaba nudos y cadenas de ADN en la habitación.

Todavía siento las puntadas cuando respiro. El tirón entre las piernas, la huella de alguien que sobrevivió a mi útero. Mi hijo es una cicatriz que no cierra. Me humedezco el dedo con saliva y la toco despacio. Soy un territorio lleno de novedades. La maternidad me cambió la geografía, me pierdo adentro de mí misma. Choco contra paredes rasposas e inútiles. Estoy seca como un desierto. Mi molusco no respira. ¿Habrá muerto para siempre?

Por suerte Marco no está nunca, me paso el día caminando desnuda con Gervasio a upa. A veces lo acuesto en el piso, me subo a la mesa y lo miro desde arriba. Me siento dios. Bajo rápido, de un salto. Si no lo toco me desintegro, padezco síndrome de abstinencia. No puedo dejarlo ni para ir al baño. Me dan palpitaciones. Hago pis con mi hijo en brazos. Apoyo mi cara contra la suya y tengo ganas de comerlo, soy Saturno encerrado en el cuerpo de una mujer desnutrida y blanda. Quiero aspirarlo como si fuera un caracú. Le beso el pelo, los dedos del pie, las manos. Siento su olor y se me hace agua la boca. El cordón umbilical parece un gusano muerto. Cuando se caiga, lo voy a guardar en una cajita de fósforos.

Lo acuesto en mi cama y lo tapo con la funda de una almohada. Me paro frente al espejo. Tengo la piel caliente y las ojeras marcadas. Mi ombligo está hundido. Revuelvo el orificio con mi dedo chiquito. Meto la cabeza debajo del agua, tenemos una palangana al lado de la mesa de luz. Necesito refrescarme a cada rato. Vuelvo a mirarme. No sé a quién me parezco. Lloro contra la pared sin hacer ruido para no interrumpirle el sueño. Un chorro de leche sale disparado. Pienso en mi cuerpo como una manguera rota. Aprieto. Acerco la boca. Tiene gusto a caramelo Media Hora.

Depósito

Marco me consiguió trabajo en el bar. Dice que ahora que soy madre necesito estabilidad. Sé que tiene miedo de que deje de pagarle. Desalojar a una criatura es imposible. Hoy es la primera vez que voy a salir desde que Gervasio nació. Estoy nerviosa. No me acuerdo de cómo hablar con la gente y tengo el pelo hecho un desastre. Marco dice que no hay problema con el bebé, que lo lleve. Él va a estar en la puerta controlando a los que entran y puede ir a verlo a cada rato. No me convence. Igual acepto. Tengo tanto sueño que no puedo negarme. Perdí la capacidad de discernir.

Busco entre la ropa sucia el corpiño que me regaló mi compañera del hospital. Su hijo nació muerto. La placenta se le rompió antes de tiempo, se quedó sin agua. El chiquito se ahogó. Los médicos no pudieron hacer nada. La dejaron esperando cuatro horas en el pasillo de la guardia. Había otros nacimientos con más expectativa de vida. La mujer se llamaba Lucero y le daba lástima tirar la ropa interior sin estrenar. Ya soy vieja y tengo cuatro, dijo cuando me dio el paquete, apenas pueda me las ligo. Después clavó los ojos en la humedad del techo, no llegué a ver de qué color eran. Le dije gracias y me quedé callada. Al rato un médico le firmó el alta. Se fue sin saludar.

El corpiño es cómodo porque las tetas salen rápido, pero justo ahora que lo necesito no aparece. Intento ponerme el de encaje. Es un fracaso, me aprieta demasiado. Pantalón negro y doble toallita. No voy a correr el riesgo de mancharme. Me habían dicho una semana pero ya van más de tres y la sangre sigue igual. Marco dice que debería hacerme ver. Las hemorragias internas te matan sin que te des cuenta, dijo. Pero a mí no me preocupa. Mis coágulos son inofensivos.

Envuelvo a Gervasio en una manta. A las nueve de la noche estamos listos. Me miro al espejo para hacer tiempo. Compruebo que mi cara no me gusta. Algo se deformó después del parto. Todo está fuera de lugar. Me pinto los labios para disimular las ojeras.

Gervasio se despierta antes de salir, le doy la teta en la ventana. Miro las luces de los edificios e imagino las vidas que nunca voy a tener. Pienso en la muerte. En la mía y en la suya. Inundo el departamento con mi sangre de púrpura. Me viene la imagen del entierro y de su padre asesinando conejitos. Golpeo el aire para ahuyentar los malos pensamientos. Ya debe andar por las luciérnagas. El último nivel, ese que nunca logró pasar. Hay que ser rápido para darles a los bichos de luz. Un segundo y plaf, desaparecen. No va a poder.

De pronto empieza a toser. ¿Escuchará lo que pienso? La leche es un arma de doble filo, hijo. Si lo dejé a tu padre fue para salvarlo.

Pongo su cuerpo sobre mi hombro y le doy palmaditas hasta que eructa. El vómito me ensucia la remera. Vuelve a respirar con normalidad. Lloro sobre su pequeña cabeza de huérfano. Le invento muertes dignas al progenitor. Las enumero en voz alta para que no queden dudas. Papito se electrocutó, se resbaló limpiando el piso, Papito tenía problemas gástricos, estuvimos con él hasta el final, Papito se pegó un escopetazo, Papito te amaba.

Limpio la tela de mi ropa con papel higiénico. Suena el timbre, es Marco que nos pasa a buscar. Se me hace un nudo en la panza. Recuerdo el bife de chorizo de la última cena con Pablo. Tomo un mate frío para sacarme de contexto. ¿Qué estará haciendo ahora el infeliz? ¿Tendrá una familia? ¿Habría adoptado un perro? Agarro la cartera y abrazo al bebé. Improviso una sonrisa. No

me hagas caso, le digo, a veces a mamá se le cruzan los cables.

Me miro al espejo una vez más. Una mueca torcida se refleja sobre el vidrio. Los dientes no quieren ponerse en fila. Reina la anarquía en mi boca. El eco del pasado se instala en mis oídos. Mi amor, cosita linda. Siempre tan edulcorado Pablo. ¿Se acordará del viaje que hicimos a las termas? Un calor de cagarse y el tipo pretendía conversar. Qué pensás, me decía, qué pensás. Nada, vida, repetía yo como una pelotuda. Pero nunca se quedaba conforme. Vos sabés que podés contarme lo que sea, quiero que estés bien, mi amor, que no tengamos secretos. Al final lo besaba por cansancio, para que se callara. El día que fui sincera y le dije lo que pensaba se ofendió tanto que se le escapó una puteada delante de la gente, justo a él que era tan correcto. Después nos fuimos. Tres horas en el auto sin decir una palabra. El tipo lloraba y se tragaba los mocos, no sabía cómo pedir perdón. Todo ese lío por una palabrita de mierda. Al mes siguiente llegaste vos. A veces pienso que me embarazó la furia.

Marco está impecable. Me espera adentro del auto sacándose los restos de comida con hilo dental. Es pulcro de nacimiento.

—Tendrías que ser modelo —le digo.

Se ríe y su boca se mueve como si formara parte de una coreografía. Después deja caer los labios, saca una latita de la guantera y me convida un porro. Le digo que no, gracias, pero insiste. Dice que va a estar todo bien. Relajate. Le doy una seca, apenas trago el humo. Las sedas de limón me dejan un sabor fresco. Después de cinco semáforos, Gervasio se duerme. Las luces de la calle se desintegran. Chocan contra mi ventana. Me persiguen. Le miro las pestañas al bebé. ¿Qué voy a hacer si resulta igual al padre? Intuyo lo peor, tendría que haberme dado cuenta. ¿Por qué nadie me advirtió? Parir es una trampa. El hijo de Papito invade mi sistema inmunológico, tengo sus células adheridas para siempre. Ahora no hay escapatoria. Tendría que haber abortado cuando todavía estaba a tiempo.

Marco frena de golpe en la puerta del bar. Dice que baje, que va a estacionar y vuelve enseguida. El lugar parece un galpón, está adornado como si fuera un árbol de Navidad. Pienso en el vitel toné que comíamos todos los años y me da taquicardia. Quiero volver a casa, Marco, digo. Pero el auto ya arrancó.

En la puerta hay un hombre en musculosa, dice que pase. Me quedo mirando su clavícula. Da la sensación de que en cualquier momento se le va a escapar, le quiebra la piel. La cara es igual de impresionante. No tiene carne ni pelo. Evito el contacto visual.

—Disculpá, no me presenté. Soy el encargado. Marco me habló de vos. Vamos a pasar por alto la pequeña cuestión, no te preocupes. Acá lo importante es ser rápida y sonreír.

—Gracias —le digo.

—Acomodate tranquila.

Bordeo las mesas hasta llegar al depósito. Es un cuartito oscuro donde están las heladeras y las botellas. Ahí no entra nadie. Lo tapo a Gervasio con la manta que me robé del hospital y lo dejo en una caja de champagne vacía. Tengo casi tres horas hasta que se despierte, la mitad del turno. Cierro la puerta con el candado y me agarra un retorcijón. Aparece Marco, se acerca con un vaso de vodka.

—Por el niño —dice.

Le doy un sorbo rápido. Un grupo de oficinistas vestidas del mismo color llama desde la

barra. Alguien prende la música. Las uniformadas festejan agitando los brazos. Siento los graves en el pecho. Las luces dibujan movimientos, puntos de fuga. Tengo ganas de irme. Pienso en dejarlo. Mejor ahora que es chico y todavía no se da cuenta de nada. ¿Cuánto tiempo tardará en desaparecer la leche? Marco sería buena madre.

Les hago una seña a las chicas para que esperen. Una de ellas me mira, se desabrocha la camisa. El escote es forzado. Pega saltitos y las gemelas intactas. La falsedad es la envidia de las otras. La escotada lo advierte y se le abulta el orgullo. Saca pecho como una gallina. Enseguida vuelvo, les digo. Voy al baño y me mojo la nuca. Escupo. Me vació las tetas. La leche se escurre en una pileta oxidada. Salgo como si fuera otra. Armo una sonrisa bien apretada. Obedezco las reglas. Preparo tres vasos de ron mientras el corazón me bombea. Soy un caballo atrapado, tendría que haber nacido de otra especie. Me suelto el pelo, camino hasta la mesa tres y dejo las cartas. No, gracias, ya sabemos, dicen. Todas piden lo mismo. Debe ser la moda. Voy y vuelvo de la barra como una autómatas. Recién pasaron veinte minutos. Marco me guiña el ojo.

—Dale, pajarita —dice el encargado—. ¿Ya te emperraste?

No respondo. Vuelvo a la mesa y limpio los restos con un trapo húmedo. Destapo las cervezas rojas. En un momento pasa por atrás y me agarra de la cintura. Siento un par de yemas húmedas hundirse en mis sobras de parturienta.

—Duerme como un muñeco —me dice al oído.

Le digo que gracias por avisar y busco a Marco con los ojos. Me tomo el vodka que queda. El humo del cigarrillo me hace doler la cabeza. Por suerte el depósito no tiene ventanas.

Me despierto con resaca. Tengo la lengua pastosa. Soy una vaca con desórdenes alimenticios. Quiero vomitar y no puedo. El cerebro naufraga y se golpea contra el cráneo. Convulsiono, o casi. Mis ubres chorrean. Gervasio sigue dormido, tengo miedo de que mi leche lo haya intoxicado. Me baño con agua tibia y preparo café. La noche me agotó, pero al menos pude dormir y traje algo de plata. Ahora tengo que acomodar los nervios. Respirar profundo, concentrarme en el futuro. Pero el departamento está sucio y lo único que siento son ganas de llorar. Necesito aire. Lo acuesto a Gervasio en el carrito y salgo a dar una vuelta. Afuera hay sol. El mundo y yo nunca nos ponemos de acuerdo.

Vamos a la plaza. Quiero aprender de las otras. Lavar las culpas con arena y helados de vainilla. Voy a mirarlas hasta transformarme en una de ellas. Seré una mami paciente y equilibrada. Basta de andar enlechando las sábanas con olor a alcohol. A partir de ahora voy a llenar la heladera de mamaderas. A freezar mis tejidos y levantarme temprano.

En el arenero está la china del supermercado, trajo a su hija. La nena se llama Elisa. Todos los días anda vestida de fiesta. Hoy tiene una pollera violeta, con lazos de seda y volados que flotan en el aire. Apenas pisa el arenero, los chicos abandonan sus juegos y corren a abrazarla. ¡Elisa, Elisa!, gritan. Ella sonríe. Le sobresalen los cachetes de la emoción. Elisa no habla y su madre tampoco. En eso nos parecemos. Los chicos la agarran a upa y la sientan en la hamaca. Le acomodan el vestido, le acarician los pequeños pies y se pelean por ella.

Un chiquito que apenas sabe caminar busca su balde y lo carga de hojas. Después aplaude. Levanta los brazos y va tambaleándose hasta Elisa, que juega rodeada de niños. Con una mezcla de respeto y timidez, le entrega su ofrenda. Le da una por una cada hoja hasta vaciar el balde. Elisa sonríe. Hace una reverencia en silencio, acepta los regalos. Todos la miran. La madre,

sentada en un banco de plaza roto, también mira a su hija. Tiene el ceño arrugado, los hombros encogidos, la ropa con manchas de lavandina. La mujer parece vieja de tan cansada. Deben pensar lo mismo de mí. A diferencia de las otras, no busca complicidad. Mantiene una distancia prudente. Sabe que nadie la entiende.

En un rato, va a dejar escapar un grito imposible de entender. Un balbuceo furioso. Elisa irá enseguida a darle la mano, saludará a los chicos desde lejos y volverán las dos juntas a atender la caja del supermercado, como todos los días, hasta que se haga de noche. Gervasio, ajeno al tiempo, mira las copas de los árboles. El brillo del sol parpadea entre las ramas.

Una madre no es lo que ellos piensan. El instinto no es siempre un mecanismo de supervivencia. A veces quiero desgarrar las sábanas con los dientes. No tengo ganas de alimentar a mi cría, le niego mis tetas aunque estén explotando. Necesito morder un cuerpo, que la carne sea toda para mí. Dejar al niño adentro de una caja de zapatos, en estado de hibernación, que se haga solo, como la masa de un pan recién amasado. Que leude en silencio, sin ayuda, quietito. Que me ordeñe otro. Un hombre. Una lengua con experiencia.

A veces algo se agita en mi pecho y me hace temblar. Siento turbulencias en la boca del estómago. No tiene nada que ver con el amor.

Fajino las copas con alcohol y acomodo las botellas según la gama de colores. La rutina es un buen antídoto, ayuda a no desesperar. Gervasio juega con una servilleta. Hoy vinimos temprano, no aguantaba más estar en el departamento, necesitaba hacer algo, mantenerme ocupada. Cuando termino de preparar las cosas para la noche, salimos a la puerta. El verano está terminando. El aire huele a basura podrida y la gente se esconde hasta que baja el sol. Todos aprovechan los treinta grados de mierda como si fueran un regalo, hacen planes para el fin de semana largo. El mundo no para mientras yo me dedico a dejarlo pasar.

Enciendo un cigarrillo. Fumo una pitada tras otra. Me lastimo la garganta a propósito, como si el castigo sirviera para algo. Aguanto el humo en los pulmones todo lo que puedo. Quiero extinguirme. Arder. Ahogarme en nicotina. Pero mi cuerpo no me deja. El impulso de vida es más fuerte que mis caprichos estúpidos. Lo dejo salir en forma de círculos para sorprender a mi hijo. Pero él ni siquiera me mira.

—Siempre quise hacerlo —dice una voz a mis espaldas.

La mujer tiene una gorra con visera que le tapa los ojos y un vestido que alguna vez fue elegante. Se acaricia el mechón de pelo que le cuelga sobre el ojo izquierdo. Mastica sus propios labios. Quiere que le enseñe.

—No es difícil —le digo—. Hay que poner la boca así.

—Ajá, como una víbora. A ver, dame tu mano.

—¿Para qué?

—Me gusta leer y nadie me deja.

—¿Y por qué yo te dejaría?

—Menos pregunta dios y perdona —dice, y extiende su brazo.

Tiene un pulpo tatuado en la muñeca. Vuelvo a mirarla. Algo de su manera de hablar me resulta familiar. Le entrego mi mano. Cierra los ojos y acaricia los surcos de mis arrugas, se detiene a la altura de los nudillos, sonríe.

—La costa de tus brazos está cerca. Metete en lo profundo. Se ahoga el cangrejo nervioso.

No sé qué decirle así que le convido un cigarrillo.

—Quiero algo para beber. Necesito limpiarme. Las lecturas me dejan cargada.

Entramos al bar y le sirvo una medida de whisky. Agarra la botella y llena una petaca que tenía escondida. Después me besa la mano.

—Sin miedo, nena, que las muertas no muerden.

Cuando se va, Gervasio llora. Afuera está oscureciendo. Lo alzo y nos vamos al depósito. Cierro con la traba. Me saco la remera. La desnudez nos calma. Él me huele, reclama su alimento con burbujas en la boca. Chupa con éxtasis hasta quedarse dormido en mi abrazo.

Después lo acomodo en la caja y me visto. Pienso que voy a desmayarme de sueño. El corazón va a dejar de latir o me va a explotar de cansancio. Necesitaría dormir un siglo para reponerme. ¿Cómo será un cangrejo nervioso? Quizá nada de esto sea real. Abro la heladera y saco una lata de energizante. La tomo de un trago para aguantar el turno. Me tiemblan las manos. No sé si hace frío o calor. Del otro lado de la puerta, escucho a Marco y al encargado discutir en voz baja.

Me desperté a las tres en punto, media hora después de acostarme. Soñé que el gato de Marco se tiraba por la ventana. Estoy segura de que es un mal presentimiento. Gervasio hace cuatro horas que no se despierta, últimamente duerme demasiado. Le muevo el bracito, lo peino, lo miro fijo, pero nada. Quiero que se haga de día para no tener que pensar. Si me pasa algo, se va a quedar solo. No soporto la idea. Cuando uno tiene un hijo debería volverse inmortal.

Salgo de la cama y voy a la cocina. Enciendo la hornalla. Miro el fuego azul. Escucho, al fin, el llanto de Gervasio y salgo corriendo a la habitación. Está dormido. Desde que nació, alucino. Tengo miedo de volverme loca. Dudo de mí todo el tiempo. Debe ser el sueño. Abro el gas. Fantaseo. Cierro los ojos. El olor me hace acordar a cuando era chica. La garrafa de mi casa siempre tenía pérdidas. Si tuviera que elegir, creo que saltaría como el gato de Marco. Que sea una muerte espectacular. Caída libre. Reventar como los animales del jueguito de la computadora de Pablo. Plaf. Dos tiros. Que mi sangre se desparrame por todos lados. Que tengan que refregar mis tripas durante semanas para sacar la mugre de la vereda.

Afuera corre viento, los árboles hablan. Las luces de mis vecinos están apagadas. Bajan las persianas para que no entren los murciélagos. Dicen que en el barrio está lleno pero estoy segura de que es mentira. Algunos días me quedo quieta durante horas esperando que aparezcan. Quiero saber si de verdad tienen manos. Una vez, durante el acecho, vi una lagartija. Nos miramos a los ojos y se asustó de mí. Corrió a esconderse en la enredadera de planta baja.

El gato de Marco es todo blanco. No puede estar al sol por orden de la veterinaria, así que vivimos a oscuras. Cuando Marco no vuelve a dormir, le doy de comer. Al principio se escondía detrás del sillón, ahora me tomó cariño, sabe que le conviene. A Gervasio le gusta. Estira la manito para tocarlo. No tiene nombre. Le decimos gato. Creo que no es feliz, aunque Marco dice que ningún animal es feliz. En mi sueño, su cuerpo giraba por el aire hasta quedar pegado a las baldosas. Era una mancha de sangre fresca que brillaba como una sandía rota. El dolor puede ser

un buen cuadro, digo en voz alta.

Vuelvo a la cama. Gervasio duerme con la boca entreabierta y las piernas desparramadas entre las sábanas. Es tan hermoso que se me llenan los ojos de lágrimas. A veces lloro y no sé si es de felicidad o de tristeza. No distingo. Quizá el gato de Marco intentaba volar.

Los martes no viene nadie. Llego primera, como siempre, quince minutos antes de que empiece el turno. Me tapo las ojeras frente al espejo del baño y me pinto los labios para sentirme segura. Gervasio llora adentro de una caja de ron, ya tiene sueño.

Me desabrocho la camisa y me acomodo en el piso para darle la teta. El depósito está oscuro, ayer se quemó la lamparita y nadie la cambió. Me gusta mirar las luces rojas que titilan en las heladeras. Parece que estuvieran vivas.

Hoy Marco no viene a trabajar, se fue a la provincia. Una vez por mes viaja a llevarle plata y medicamentos al padre. El viejo se la pasa quejándose y diciendo que le queda poco. Hace veinte años que hace lo mismo. Marco pone el teléfono en altavoz y lo deja hablar, cada tanto se acerca y dice sí, sí, claro. Después de cortar le agarra una especie de urticaria, se empieza a rascar el cuerpo y se le ponen los cachetes rojos. Le pregunté para qué lo atendía y me dijo que había cosas que un hijo debía hacer. Yo nunca hice nada por mi madre. Me fui de casa a los diecisiete y ahí nomás conocí a Pablo. Salí de una cárcel para meterme en otra. Ni siquiera la llamé para contarle que había sido abuela. Dicen que la maternidad te acerca a tu familia, yo me siento cada vez más lejos.

Al principio la araña estaba en un rincón. Era chiquita, apenas se la veía. Descubrí su existencia dos días antes de que naciera Gervasio. Me había agarrado un ataque y quería que todo estuviera limpio. Síndrome del nido, le dicen. Puse talco en el piso para matar a las hormigas y les pasé lavandina a los muebles, pero a ella la dejé vivir. Era tan frágil, con esas piernas eternas que parecían a punto de quebrarse. No podía matarla.

Ahora me arrepiento. La fértil llenó la casa de hijos. La telaraña cubre casi todo el techo. Es una máquina de masturbación productiva. Cientos de clones anidan sobre mi cabeza. De noche desaparecen en la oscuridad, pero durante el día el sol me obliga a mirarlos. Ahí está la reina madre. Larga y oscura. Se hamaca y me mira. Se cree tan impune con sus ojos de helicóptero.

Intento ignorarla. Le cambio el pañal a Gervasio, lo pongo en la teta y le despego la costra láctea. Pero ella sigue. Está obsesionada conmigo, controla cada cosa que hago. Me juzga. Sus hijos nunca lloran. Y si tiene hambre o está aburrida, se los come sin culpa. Los aplasta contra un rincón, los transforma en un canapé crocante. Hace y deshace a su antojo. La odio. Todos los días pienso en matarla. Paso por los negocios de limpieza y miro el precio de los plumeros y de los baldes de desinfectante. Imagino distintas formas de terminar con su vida: quemarla con un encendedor, destruirla de un escobazo, ahogarla en desodorante. Pero no puedo. Cuando tengo insomnio, le hablo. Una vez bajó y me rozó el hombro.

Crisálida

El dueño del bar se enteró de Gervasio. Dijo que era una locura, que podíamos ir todos presos. Casi nos echa a los tres, pero al final se conformó conmigo. Otra vez estoy sin trabajo. Debería estar preocupada aunque lo único que siento es alivio. Esta mañana Marco me pidió perdón.

—Te voy a conseguir algo mejor —dijo.

—Está bien —le respondí mientras cambiaba a Gervasio para ir a la plaza.

Le puse la ropa más linda y lo peiné para el costado. Parece un bebé de mentira. Ahora estoy sentada en el banco del arenero. Espero que pase algo, al menos el tiempo. Hoy voy a hacer fideos con tuco. Los nenes cavan pozos en el suelo. Entierran autitos de colores y patean la arena. Sus madres hablan fuerte y se mueven como muñecas articuladas. Cada tanto miran a Gervasio y me lanzan una sonrisita complaciente. No les devuelvo el gesto. No voy a darles el gusto. Hoy la china no está, así que aprovechan para desquitarse. Lo mismo deben hacer conmigo. Cada una elabora su monólogo. Se turnan para levantarse a controlar a los chiquitos y los retan sin convicción. Arrastran los pies. Se entregan a la rutina doméstica como ratitas de laboratorio. Su única rebeldía es la queja. Vengo a la plaza para sentirme orgullosa de mí. Siempre funciona.

Uno de los nenes se acerca a Gervasio. Lo mira como si fuera un ser de otro planeta. Le agarra la mano y se burla de lo chiquitos que son los dedos. La madre lo arranca de un grito.

—¡Es un bebé, dejalo, con esas manos roñosas!

Perdón, me dice, perdón. Se disculpa, exagerada, y aprovecha la situación para elogiar a Gervasio. Me hace las preguntas típicas: si duerme de noche, si toma la teta, si fue parto natural. Contesto con monosílabos. Ella me mira y desconfía. Si no protestás, es sospechoso. Busca la debilidad. ¿Y el embarazo fue bueno? ¿Tiene cólicos? ¿Llora mucho?

—Sí, todo el tiempo —miento.

Respira aliviada. Ahora sí. Me convida un mate, me invita al grupo.

—Ya llega mi marido, me tengo que ir —le digo.

Me alejo por el camino de piedras naranjas, casi corriendo. Huyo de la tribu sin mirar para atrás.

Llegamos a casa. La oscuridad me tranquiliza. Desato a Gervasio del carrito, nos miramos. Me abrazo a su cabeza. Lo beso y le desarmo el peinado. Pongo agua a hervir. Nos quedamos frente a la olla, en silencio, esperando que aparezcan las primeras burbujas.

Son las cinco y media de la mañana. Desde que nació, la lógica de las horas perdió sentido. Vivo suspendida. Giro entre el día y la noche como si fueran una misma cosa. Lo veo dormir, controlo el movimiento de su tórax, cuento la cantidad de veces que late su corazón. Que no deje de respirar me parece un milagro.

Cuando se despierta, me mira con asombro. ¿Soy yo la que está del otro lado? A veces me convence, somos un mismo cuerpo separado por capas de aire. Unidos por terminales nerviosas,

ajenos al tiempo y al espacio. Me encuentro en el fondo de sus ojos. Nuestro abrazo perturba las reglas de la física. Ser madre e hijo es revolucionario.

Afuera está nublado y el aire huele a mar. Serán las ganas de irme. No entiendo por qué, pero me llegan oleadas de frescura salada desde los edificios vecinos. Gervasio se despertó y no hubo forma de dormirlo, así que estamos sentados sobre el piso del balcón, esperando. ¿Qué? Ni idea.

El amanecer no es para nada conmovedor. Apenas un rasguño que se enciende en el horizonte. Una herida que se resiste a ser devorada. De a poco, empieza a clarear. Algunos pájaros atraviesan el cielo, excitados por el comienzo del día. Respiro profundo el movimiento de las nubes. Gervasio se duerme con la cabeza apoyada en mi hombro. Me hace doler los huesos pero aguanto, no quiero que se despierte. Estoy cansada.

Sobrevuelo los techos desde la mirada de una paloma que gira sobre su propia órbita. Debe estar perdida. Una mensajera con la dirección equivocada. Cierro los ojos. Me acurruco, improviso un nido. ¿Volveré a coger alguna vez? Busco en mi mente imágenes que me lleven de vuelta. Me alejo de mí misma hasta que un golpe seco en la puerta del departamento me desprende del sueño.

—¿Quién es? —pregunto.

—Marco.

Me levanto despacio, camino en puntas de pie hasta llegar a la cama. Acuesto a Gervasio, me envuelvo con una sábana y voy a abrir la puerta. Marco está pálido, tiene aliento a vodka.

—Hola, crisálida —dice con la mirada perdida.

—¿Qué pasó?

—¿Sabés que sos mi salvadora?

Me besa el borde del labio. Después se ríe y me abraza. Se hunde en mi cuello. Siento sus lágrimas escurrirse por mi espalda.

—Perdí las llaves.

Le agarro la mano como si fuera un chico y lo acuesto en el sillón. Me siento a su lado y le acaricio el pelo.

—Necesitamos dormir —digo en voz baja.

Tengo tanto sueño que me cuesta respirar. Nos quedamos quietos. La noche se desarma. Se escuchan los colectivos ir y venir por la avenida, un murmullo que nunca se detiene.

—Va a ser un día hermoso —digo, y siento cómo la tristeza se mete en mi cuerpo.

—Sí, un día de playa.

Él me mira con los ojos entrecerrados, se levanta y apoya la frente contra la ventana. Me acerco, imito su gesto. Nos quedamos inmóviles, los dos contra el vidrio.

—Así no voy a enterarme cuando te caigas —dice Marco y estira la mano hacia mí. Tiembla.

—No sos vos el que habla —digo y lo arrastro al cuarto.

Gervasio sigue en la misma posición. Lo acuesto a Marco a los pies de la cama y apoyo mi nariz en el cuello suave de mi hijo. Huele a avena con leche. Quisiera retener su olor para siempre. Cierro los ojos, lo abrazo. Dormimos los tres juntos. Los rayos de sol entran por la persiana y forman constelaciones sobre la pared.

Estoy harta. Me duele la cabeza. A veces pienso que se me van a caer los dientes. El bruxismo está peor que nunca. Me levanto con la mandíbula dura y me molestan las encías.

Gervasio duerme, no se entera de nada. Espero que no haya heredado la falta de percepción de su padre. Si tengo un hijo androide, me muero. Cuando se despierte va a mirarme como si yo fuese la única persona en el mundo. Sé que un día se va a dar cuenta y ahí se acabó todo. Pero todavía falta. ¿A qué edad se irá de casa? ¿Tendremos casa alguna vez? ¿Me va a avisar o va a desaparecer como hice yo? ¿Será un idiota? Ojalá aprenda a salvarse de nosotros, que la biología no lo condene. Pero más adelante. Todavía lo necesito. Gervasio, si me dejás de mirar se me van a disolver las células del cuerpo. Voy a transformarme en agua contaminada. Me voy a pudrir, hijito. Vos no querés que a mamá le pase nada malo, ¿no? Cuidame entonces que yo no sé hacerlo. No es mi culpa si te tocó un error de madre. Fui un accidente, corazón, igual que vos.

Le debo dos meses de alquiler a Marco. Dice que me quiere ayudar, pero que necesita la plata, así que me consiguió otro trabajo: tengo que hacer de empanada en los semáforos. No es algo fijo, pero los fines de semana me llaman casi siempre. Lo bueno es que pongo a Gervasio en la mochilita y nadie se entera. Las empanadas son gordas, tiene que parecer que les sobra el relleno. Es un buen trabajo. Discreto. Y no pagan mal. Ser otra por un rato, aunque sea una empanada, es necesario. Se me infla el ego, me siento completa y bien repulgada. El problema es que no me alcanza para el alquiler. Tengo que pensar cómo resolverlo, armar un plan, pero cada vez que decido sentarme a hacer cuentas, Gervasio se despierta y pide teta. No puedo pensar mientras él chupa. El cerebro se apaga para que el cuerpo funcione. La mamadera es un buen invento de la modernidad. Necesito una leche de fórmula que me devuelva las neuronas.

Prendo la tele. La distracción ayuda a controlar los nervios. Es algo que aprendí de mi madre. Se la pasaba limpiando y mirando televisión. En realidad, la dejaba encendida de fondo. El aparato era un murmullo que le hacía compañía mientras fregaba los pisos. Cuando la casa estaba impecable, planchaba hasta las medias. Después se entregaba a su adicción al zapping. No había muchos canales, así que el absurdo de pasar de una imagen a la otra sin detenerse en ninguna resultaba más evidente. A ella no le importaba con tal de sentirse ocupada en algo.

Ahora soy yo la que aprieta el botoncito como una autómatas mientras Gervasio se arrastra por el suelo. Nada me llama la atención. Hasta que de pronto una imagen del noticiero me atrapa. Hay una ballena varada en la costa. No saben por qué llegó, intentan devolverla al mar pero dicen que la situación es compleja. En la playa hay un montón de gente que le sonrío a la cámara. Mujeres en mallas floreadas y flacuchos con anteojos de sol que resisten el fin de la temporada. La ballena parece muerta, aunque se supone que todavía respira. Imagino la sensación que debe tener. Marchitarse mientras todos te miran como si fueses una puesta en escena. Apenas un poco de alivio cuando la marea sube y después de nuevo la sequedad que te quiebra la piel. La falta de aire en la boca del estómago. El sol como fuego en los ojos. Miro su cuerpo inmenso, siento un erizo en la garganta.

¿Por qué vinieron a sentarse al lado mío? Gervasio tomaba la teta mientras yo hojeaba un libro que me prestó Marco. Siempre ando buscando excusas para no llamar la atención. Un libro en la plaza es útil para que no te señalen. No hacer nada está mal visto.

Estábamos tranquilos hasta que el trío de gallinas con ganas de hablar de pañales arruinó la tarde. Ahora me convidan un mate lleno de azúcar. Finjo ser amable por unos minutos. Después me entrego al silencio. Las estúpidas confunden la dignidad con depresión posparto. El puerperio es un fantasma que obsesiona al mundo. Todos buscan explicaciones coherentes. Nombres propios que figuren en los manuales de medicina.

Sus hijos juegan con espadas de cartón mientras Gervasio gatea por el arenero. Deberías venir a uno de los asados, dice la morocha. Sonrío. Tengo talento para la falsedad. Ella espera que diga algo. Su amiga me da una galleta de avena y pasas de uva. Me hace acordar a la tía Lucrecia, le metía avena a todo porque decía que purificaba la piel. Se suicidó a los cincuenta y nueve años. Cada vez que como algo con avena pienso en ella. Diseñó su muerte con una dedicación admirable. Le quedó la piel rosada y perfecta. Antes de que la metieran bajo tierra me despedí besándole la mano de los anillos. Le dije gracias. Era suave y olía a té de manzanilla. Le gustaban los baños de inmersión con pétalos de rosas, pero nunca tenía plata para comprarlos, así que se conformaba con lo que encontraba por el barrio. Robaba malvones de todos los canteros.

Gervasio traga arena y empieza a llorar. Le limpio la boca y lo pongo en la teta para que se calme. Se duerme rápido, moverse por sí mismo lo agota. Lo desprendo de un tirón y sigue chupando el aire. La leche me moja la ropa. Ellas siguen con el mate de mano en mano. La madre bambula abre la cartera y saca un cigarrillo largo y finito. Vuelvo al libro. Me concentro en las letras como si intentara descifrar un enigma. Siento que se ríen de mí, pero espanto la intuición como si fuera una mosca. Mejor no ser paranoica. Antes de irme, descubro que la mujer de la tapa está de cabeza. Da igual.

Hoy Marco no fue a trabajar. Pasamos todo el día juntos, los tres, como si fuéramos una típica familia. Preparé fideos con tuco pero se me pegaron. Gervasio comió el mazacote con la mano y a mí se me fue el hambre. Después del almuerzo Marco puso música, fumó porro y se quedó haciéndole caras a Gervasio, que se reía y le seguía el juego con aplausos. Me aburrí de la estupidez masculina y fui a la cocina a lavar los platos. Mientras el agua caliente despegaba las costras de tomate, sentí algo raro en el pecho. Una palpitación fuera de lugar. Marco gritaba desde el cuarto ¡tenés que ver esto, vení! Dejé el agua correr sobre los cubiertos sucios y me acerqué a mirarlos. Gervasio lo imitaba. De pronto vivía con dos simios. Tuve la sensación de un déjà vu.

Volví a la cocina a jugar a la ama de casa. La pileta rebalsaba, se había tapado con los restos de cáscara de cebolla. Amontoné los platos y apagué el agua. Me quedé un rato sin saber qué hacer y después me encerré en el baño, tenía una inquietud entre las piernas. Aburrimiento, tal vez. Abrí el cajón de Marco y le robé un poco de lubricante. Metí un dedo hasta el fondo y después me lo chupé. Unas gotas de leche me humedecieron la remera. Tiré la bombacha al piso, encendí el chorro del bidet y acabé dos veces seguidas mirando el sarro que se desprendía del inodoro.

Cuando salí, ellos dos seguían haciendo lo mismo. Me acosté a mirar el techo mientras los latidos volvían a la normalidad. Gervasio gateó hasta el colchón y empezó a tironearme la remera. Apenas lo empujé y se puso a llorar a los gritos. Marco fue a la cocina y volvió con un plato de fideos fríos y una mamadera, pero no hubo forma de convencerlo. El olor de la leche mezclado con sexo atrae a las criaturas, no importa la edad ni la especie. Al final me saqué la ropa y me entregué al placer incómodo de ser absorbida por mi hijo. Marco nos miraba con los ojos chinos y devoraba las sobras.

Estoy obsesionada con la ballena. Al final se murió, no pudieron devolverla al mar. El intendente organizó una ceremonia en la calle principal. Pusieron puestos de choclos y parlantes gigantes con música de moda. La playa se llenó de gente. Lo filmaron todo y dieron un especial en el noticiero de trasnoche. Dicen que los biólogos están investigando la causa del deceso. No sé por qué usan esa palabra. Deceso suena a deseo. Están sorprendidos porque vieron a dos madres con sus crías a pocos kilómetros de la costa. Es una zona donde no suele haber ballenas. El dueño de las carpas dijo que a la noche se escuchan los ecos agudos. Que son como gritos, asustan a los chicos y los perros ladran como locos.

Imagino a los animales flotando en medio del océano. Sus cuerpos pesados contra la gravedad. Puedo oír los sonidos dispersarse a través de las olas. Gritan para recuperar a su compañera muerta. Un desgarró que se hunde en el fondo del mar. Sordo, hueco. O quizá sea un canto de despedida. ¿Cantan cuando están tristes? A mí la angustia me cierra las cuerdas vocales.

Pasaje

Gervasio empezó a caminar. Siento que es demasiado rápido, pero ya tiene fuerza en las piernas. Anda por todos lados tambaleándose. Tuve que renunciar al trabajo de empanada porque no se queda quieto en la mochilita. Además está muy pesado y me da dolor de cintura, una puntada eléctrica que se expande como un rayo. Tengo separada la plata del alquiler, pero quiero usarla para comprar los pasajes. Todavía no se lo dije a Marco, aunque ya lo tengo decidido. Voy a esperar a que pase el cumpleaños de Gervasio y para el mío nos vamos. Ojalá me entienda.

Ir a la plaza dejó de ser un buen plan, termino cansadísima. Nada es como antes. Gervasio avanza entre las piernas de la gente y las hamacas. Va rápido. Sobrevuela los adoquines y se tropieza a cada rato. No mira para atrás. De golpe frena para juntar una basurita del piso. Es un papel de cigarrillo, aplastado, deshecho. Una estrella rota. La agarra, la aprieta y enseguida se distrae con otra cosa. Un nene arriba de un monopatín naranja le hace señas.

Yo voy detrás. Intento seguirle los pasos, adelantarme a la caída, pero casi nunca llego. Tiene las rodillas raspadas, las piernas con moretones que forman una galaxia. Quiero darle la mano pero rechaza mis dedos. Lo sostengo de la capucha para que no se aleje. Él se escapa con un movimiento de hombros. Quiere seguir solo. Está apurado. Yo extraño su quietud pero no puedo hacer nada para recuperarla. El tiempo es un dictador.

Clavo los ojos a su altura, los ato con cuerdas invisibles y lo dejo ir al arenero. Me pierdo sobre su cabeza inquieta. Yo también me tropiezo, los otros estorban. El universo se reduce a mis ojos sobre su pelo. El resto de lo que pasa alrededor es un murmullo molesto.

A la altura del tobogán, se detiene. Se da vuelta y me mira. Le hago un gesto y viene casi corriendo. Nos sentamos en un rincón a comer una porción de torta de chocolate que me trajo Marco esta mañana. Nos llenamos la ropa de migas y los dientes de dulce de leche. Lo abrazo. Quedamos cuerpo con cuerpo, los dos solos en medio de toda esa gente.

—Vamos a casa —le digo.

Lo subo a mis hombros. Sus piernas flacas me aprietan el cuello. Cuando llegamos, se ríe y me muestra los dientes de leche. Intenta besarme con la boca abierta. Me acuesto en el piso y le doy la teta. Se duerme rápido. Lo llevo a la cama y lo miro, despatarrado y hermoso. Le saco las zapatillas llenas de arena, sacudo las medias. Me duermo con él.

Quise escaparme de mí, pero ahora no soporto la incertidumbre. No saber quién soy me enreda a los otros. Soy todos y ninguno. Veo a una mujer doblarse el tobillo en la vereda y siento su dolor en mi pie. Me multiplico para convencerme de que valgo la pena, Gervasio es la prueba de mi falta de amor propio. Ahora quiero diluirme. O por lo menos desarmarme, esconder mis partes en un cajoncito del armario, que nadie me encuentre. Pero ya es tarde. Estoy habitada por todas las que fui, el pasado me raspa desde adentro.

Hoy estuve todo el día mirando el noticiero. Sangre y locura a escala internacional. Estuve así, pegada al televisor, mordiéndome los padrastrós sin poder salir de la pantalla hasta que me

empezaron a llorar los ojos. Gervasio duerme y el viento lucha contra los vidrios. Tomo vino para que el sueño me salve, pero lo único que consigo es aumentar la acidez.

Las estrategias para callar a mi cerebro fracasan. Apago la tele, me baño, lavo los platos. Nada sirve. No logro sostener ninguna actividad por más de cinco minutos. Me toco con la punta del índice y abandono antes del orgasmo. Afuera llueve tanto que no se escuchan los ruidos de la avenida. Podríamos estar en medio de la selva o abajo de un mar bombardeado por meteoritos. Vuelvo a intentarlo, froto mis dedos contra la bombacha pero no me puedo concentrar, se pierden las imágenes y me quedo en blanco, tengo la cabeza en otra cosa. Antes me despertaba, en medio de la noche, húmeda y extasiada, estiraba el placer como si fuera una masa cruda. Ahora soy una meseta sin gracia. Me sobra leche y me falta carne. El deseo es una cama elástica. La mía se quedó sin resortes.

Lo miro dormir y no sé qué hacer. La ansiedad me desespera. Una vida es demasiada responsabilidad. Algún día quiero miles de hijos que me sostengan, que me acunen entre todos y me hagan dormir. Hoy solo me interesa arrancarme pedacitos de piel. Un ave de rapiña se encaprichó conmigo. Me doy náuseas.

A veces no soporto ser madre. Todo se vuelve demasiado real. Gervasio llora como un histérico, me aprieta, grita. Yo me alejo, quiero ver hasta dónde es capaz de llegar, pero sus quejas empeoran con la distancia. Le pongo un dedo en la boca y me muerde. Ya no puedo engañarlo, quiere mi leche. Ninguna otra cosa lo calma. Mis tetas no resisten el juego, siento una electricidad insoportable. Se hinchan y escupen líquido, lanzan chorros. No sé de dónde sacan tanta energía. Está bien, ustedes ganan. Los tres forman un equipo imbatible. Apoyo a Gervasio sobre mi pezón mojado y dejo que chupe. Cierro los ojos, me voy vaciando de a poco. El placer es un conducto que se desagota entre sus labios. Quiero dormir boca abajo sin que nadie me pida nada. Que mi cuerpo vuelva a ser mío.

Salimos temprano para evitar el tránsito. Bajamos en la estación del Museo de Ciencias Naturales, hoy la entrada es gratis.

El edificio es enorme y adentro está fresco. Los techos altos y los muebles antiguos de madera maciza me hacen sentir chiquita. Un hombre de traje gris fuma en el pasillo. Nos entrega un folleto con un mapa y las salidas de emergencia trazadas con dibujos geométricos. Que lo disfruten, dice.

Caminamos entre fósiles de dinosaurios y mariposas clavadas en cuadros de madera balsa. Gervasio alucina con un pingüino. Quiere tocarlo. Cruzamos la valla sin que nadie nos vea y apoyamos las manos sobre el animal. Está frío. Lo miro durante un rato y me parece que me guiña un ojo. Agarro a mi hijo a upa y huimos al sector de los arácnidos. Las vitrinas están cubiertas de una lámina de polvo brillante. Los bichos tiemblan con los rayos de sol. Me pregunto hace cuánto estarán muertos. ¿Años, meses, siglos? ¿Se puede escapar el alma de un cuerpo petrificado? La eternidad me abrumba. Igual no creo en el alma. Prefiero pudrirme. Que me devoren los gusanos. La utilidad antes que la reencarnación.

Acá nada se mueve, excepto nosotros. Me incomodan mis músculos, me siento desubicada. El

silencio nos detiene en un banco, Gervasio apoya su cabeza sobre mi hombro y se queda mirando la nada. Por un segundo pienso que él y yo también somos animales embalsamados. Mamíferos en estado de exhibición. Madre e hijo de la prehistoria. Estancados en el futuro. Rellenos de formol. Siento el líquido tibio escaparse de mí. Es hora de la teta.

Me levanto la remera y descargo mi producción láctea sobre su boca hasta que entra en un sueño profundo. Vuelvo a sentirme liviana. Dar la teta es como hacer pis en la ducha.

Camino por un pasillo oscuro hasta llegar a un salón donde reposan huesos de ballenas y otras criaturas del mar. Me impresiona el espacio vacío que hay entre las costillas. Me acerco al esqueleto flotante y leo: las ballenas jorobadas responden a la música con bailes sincronizados, imitan la voz humana y aceptan a delfines y otros animales extraviados en el océano como parte del grupo. Este ejemplar fue hallado en la costa atlántica el 18 de mayo de 1997. Se estima que tenía alrededor de noventa años.

Arranco la descripción y me la guardo en el bolsillo. Aprieto a Gervasio contra mi pecho y camino rápido hacia la puerta de salida. Improviso mentalmente un saludo al guardia, pero disimular no es necesario. No hay nadie, se terminó el turno.

Algo se me escapa. Es como si hubiera un extraño adentro mío. Un extranjero perdido que se aparece de pronto, sobre todo cuando es de noche. Balbucea. Nunca entiendo lo que dice. Habla sin parar y me pone nerviosa. Lo hace con intención, quiere provocarme. Yo no respondo, pero el infeliz no se calla. Se instala en mi cabeza y oprime con su puño cerrado.

Cada vez que aparece, dejo de hacer lo que estoy haciendo. Nos miro desde afuera, busco razones. Ahí está mi hijo chupándose el dedo del pie, dando vueltas sobre sí mismo, riendo con el cuerpo entero. Su exceso de vida me abruma. Miro el reloj, imagino mi cara de no saber dónde estoy ni qué hago. Esa cara que odio desde que soy chica. Cara de loca, decía mi madre. Me siento en el piso, hundo los ojos sobre las rodillas. El extraño se desliza, gelatinoso, y me susurra. Solo se calma con mi llanto. Mi habitante es un psicópata.

Ayer fuimos a la casa de la vecina del primero A. Nos invitó a tomar la merienda. Comimos torta de limón y me hizo un tour por sus cuatro ambientes. Nunca habíamos hablado, la encontré temblando en planta baja y me pidió ayuda. Le tiene fobia a los ascensores y no podía subir sola la escalera por un problema de várices en las piernas. La acompañé hasta la puerta, esperé a que abriera, recién ahí le empezaron a volver los colores. Pasá, querida, pasá, me dijo.

La vieja guarda en una caja un montón de conjuntitos de ropa planchados y perfumados. Está esperando que nazca la nieta. Mientras me contaba de la entrevista que había tenido en el jardín maternal, doblaba las bombachas y los corpiños recién lavados de su hija embarazada. Nunca en mi vida se me ocurrió que las bombachas se doblaran. En un momento fue a atender el teléfono y no pude resistirme. Agarré una de lunares y me la escondí en el bolsillo. Huele a frutos del bosque.

Nos despedimos con un abrazo incómodo. Me llevé una bolsa de ropa que sus hijas dejaron de usar. La iba a donar a la iglesia, pero mejor dársela a una cara conocida, dijo. Lo que necesites me tocás el timbre, puedo lavarte la ropa del nene.

Me fui angustiada. Una opresión insoportable en la garganta. A veces respirar no es natural.

Una semana antes del cumpleaños de Gervasio me enfermé. Se me fue la voz. No podía moverme de la cama, un cansancio de siglos me arañaba la garganta. El domingo íbamos a tomar el té con la vecina, pero la llamé para cancelar. Me siento mal, le dije. No me creyó. Después bajé las persianas y me metí debajo de las frazadas. No hacía frío pero necesitaba que algo me cubriera. Abracé a Gervasio y me saqué el corpiño. Me quedé quieta, como una perra que acaba de parir, la lengua afuera, las tetas hirviendo, dejé que mi cachorro succionara hasta la última gota. Curame, le dije al oído.

Al día siguiente me desperté peor. En algo me debo estar equivocando, pensé, para levantarme con la piel torcida, los hombros como una carpa mal plegada adentro de una caja de zapatos. Algo debo estar haciendo mal para que el tiempo se me escape, las horas, los días, las semanas, espuma diluida sobre agua caliente. De pronto nada tenía sentido. Gervasio caminaba por la casa, gritaba, dibujaba la pared con un marcador gastado, se arrastraba por el suelo y después venía corriendo a la cama y me besaba. Yo lo miraba sin poder moverme. ¿Ese era mi hijo?

El malestar me confunde. Creo que sigo con fiebre pero es imposible comprobarlo. Anoche se rompió el termómetro y no tengo fuerzas ni ganas para salir a comprar uno nuevo. Cierro los ojos y me acuerdo de la época en la que el humo me enamoraba de la gente. Me desarmaba en brazos ajenos como una muñeca de plastilina. Pienso en ese verano, la vez que me enamoré de un turista pobre. Dormíamos debajo de los asientos del tren de larga distancia, llenos de polvo y de alergia. Nos escapábamos de la policía corriendo y tomábamos whisky cuando hacía frío. No le teníamos miedo a nada. Vos me tendrías que haber embarazado, nos hubiéramos fugado juntos, los tres. Ahora tiemblo mientras lo veo dormir a Gervasio. Pienso que aunque me vaya, no puedo irme. Ojalá no queden rastros del semen de su padre, ojalá mi hijo se salve de su estupidez.

Que mi deseo lo vuelva parecido a vos.

Lleno la bañadera de agua tibia, nos metemos juntos. Siempre me gustó nadar. De chica fui un pez. Brillaba en el agua sucia que compartía con mis hermanos. Mamá nos sacaba la mugre con jabón blanco y nos frotaba el pelo con vinagre para matar a los piojos. Más tarde floté en la orilla del mar, a la noche, vestida y borracha. Me acuerdo del sabor a ron que tenía en los labios, la ropa como algas que bailaban y se deshacían entre los dedos. Huía de mi cuerpo, buscaba placer por todos lados. Quería empezar la vida, la verdadera. Probaba mi sangre y chupaba la de los otros. Después caí agotada sobre un pareo húmedo. Apenas pude abrir los ojos busqué más. Quería morir contra la pared de algún hotel barato, renacer en una cama blanca, virgen y muerta de sed. Pensaba que así iba a alcanzar el fondo de algo, pero el fondo no existe. Al tiempo llegó tu padre, la mesa con mantel a cuadros, el intento de una vida normal. Hasta que me desperté esa mañana llena de asco y vi el futuro reflejado en el vómito del inodoro.

Gervasio, una vez encontré un gatito sin ojos, ¿podés creer? Su madre lo había dejado. Lo acuné hasta ahogarlo. Disfruté el entierro: cavar un pozo profundo en el terreno de atrás de casa, llenarme las uñas de tierra y cubrir el cuerpo con hojas de eucalipto. Inventé un nombre pero ya lo olvidé. Lo escribí con lápices de colores, en letra cursiva, le hice una lápida hermosa. Probá el

agua, mi amor, hundí la cabeza como mamá. Aguantá la respiración.

Le conté a Marco que nos íbamos. Primero reaccionó mal. Sos una pendeja pelotuda, dijo, y se fue a hacer la cama. Al rato volvió llorando, me pidió perdón y confesó que tenía ilusiones de que algún día fuéramos una familia. Vos y el nene, yo y el gato. Me reí y le besé las manos. A la noche festejamos el cumpleaños de Gervasio. Compramos una torta de crema y la cubrimos de confites. Se quedó dormido antes de las doce. Le sacamos fotos con el gato enredado en los pies. Marco abrió una botella de tequila que le habían traído de México. Nos emborrachamos en el balcón y nos prometimos amor eterno. Después dormimos los tres juntos en su cama. Cuando nos despertamos, Marco no estaba. En la mesa había un sobre con plata y un dibujo de nosotros adentro de un corazón.

Estoy acostumbrada a mudarme. Aprendí a ser práctica, los recuerdos se llevan en la cabeza. Esta mañana saqué toda la ropa del placar y la tiré sobre la cama. Lo que traje ya no entra en la mochila. Sumar a un ser humano complica las cosas, comprime el espacio individual y da dolor de espalda.

Hago una selección de invierno y otra de verano, ocupo menos de la mitad del lugar. La que fui ahora está plegada, me transformé en una biblioteca para armar, de esas que se guardan en una cajita portátil. Soy liviana y fácil de transportar. A veces pienso que mis piezas no encajan, que vine fallada de fábrica. Improvisar tiene sus costos y es demasiado tarde para pedir un cambio. ¿A quién reclamarle lo que no pude? La soledad es dura porque no hay culpables. Nadie para aliviar lo que yo misma provoqué. Mi hijo no cuenta, es un apéndice. La náusea se multiplicó hasta rebalsar dentro de mi útero. Nacer es un desborde ególatra. Los otros no existen, son sobras de uno mismo. Espejismos de grasa que berrean y te ajustan el cinturón hasta el ahogo. Soy el exceso de mi madre. Me escupió al mundo como yo hice con vos. Todos estamos marcados por ese rechazo visceral que son las contracciones. Un cuchillo que se clava hasta partirte. Somos huérfanos a pesar de las canciones de cuna y de los besos desesperados con olor a leche.

Sería más sincero dejarte en una de estas cajas. ¿Para qué mentirnos durante diecisiete, veinte años más? Las madres le armamos un altar a eso que nuestro cuerpo expulsó con furia. El mundo nos obliga a ir contra nosotras mismas. Lo único natural es el olvido. La supervivencia destruye tus mandatos. Comerte sería la opción más lógica.

Te juro, Gervasio, te hubiera ahorrado todo esto, pero no supe digerirte a tiempo. Mi tránsito es lento, siempre llego tarde a todas partes.

Miro nuestra casa y me veo encerrada en cada objeto. Las pertenencias son un castigo. ¿Y si la libertad no existe? Moverse es una pérdida de tiempo pero no puedo hacer otra cosa. En cualquier momento, desbordo otra vez. El hermanito no es una opción, no tengo lugar para más hijos. Mi estómago disfruta el vértigo del vacío. Quiero saltar y ni eso me alcanza. Mi cuerpo no es suficiente para el hambre que tengo.

Gervasio se despierta de mal humor, lo siento sobre la ropa y se pone a masticar un pantalón. Cuando termino de hacer la mochila, pongo en una caja todo lo que fuimos acumulando durante este tiempo. Tiro dos bolsas de consorcio. No sé en qué momento junté tanta basura. La casa vacía y ordenada me acelera el corazón. La sangre avanza sin poder escapar del circuito.

Soñé que estaba en un galpón lleno de gente. Afuera llovía un líquido rojo. Había poca luz y mucha confusión. Gritos y encierro. En un momento, el lugar se iluminó, apenas unos segundos, como cuando cae un relámpago, y entonces me di cuenta de que habían acuchillado a la chica que estaba al lado mío. Recuerdo su cara como si la hubiera visto todos los días de mi vida. El pelo negro, inflado como un copo de azúcar, la expresión pálida. Cayó con suavidad, moría despacio. ¿Era yo? Tenía los ojos fuera de órbita y un tajo profundo en el estómago, pero seguía siendo hermosa. Su sangre nos salpicó a todos. Huía con fuerza del cuerpo, era rápida como un animal que sale por primera vez después de un largo cautiverio. Me manchó la cara. Sentí el horror y miré hacia atrás. Ahí estaba Gervasio, muy chiquito, a upa de un hombre sin rostro.

Me desperté agitada. Lo abracé fuerte hasta hacerlo llorar. Respiré profundo y le puse la boca en mi teta para que volviera a dormirse. La noche entera fue una pesadilla. Dicen que soñar con sangre es de mala suerte. Imaginé distintas formas de morir, después pensé en dejar todo y cambiar de vida. Cultivar zapallos o irnos a trabajar a un crucero. Cuando amaneció, no daba más. Gervasio se despertó contento. Desayunamos mandarinas y le dije que nos íbamos de viaje.

DOS

Espuma

El micro se queda en la ruta. Bajamos en un descampado. No hay árboles ni casas, solo botellas de plástico cubiertas de polvo. Ningún rastro humano en medio de kilómetros de plantaciones fluorescentes. Un campo de soja que parece infinito.

El chofer enciende un cigarro bajo una sombra precaria. La gente se queja y suspira, algunos bajan del micro y comparten lamentos mientras se abanicán con lo que encuentran. Gervasio sigue durmiendo.

—En media hora viene un micro de Magdalena —dice el chofer—. Pero no hay lugar para todos. Algunos tienen que pasar la noche acá cerca, la empresa paga alojamiento y cena. Mañana a primera hora mandan un vehículo que va directo a la costa.

Me anoto en la lista de los que se quedan. Total no tenemos apuro. Nos dan una habitación en el único hotel que hay en el pueblo, tiene tres camas marineras y un bañito privado. En el inodoro hay manchas de sarro y todo huele a una mezcla de mierda y humedad. Gervasio llora y se queja de hambre. No tengo más galletitas y faltan dos horas para que nos den de comer. Bajamos a la recepción que también funciona como bar, una familia que viajaba en el micro me saluda con la mano en alto. Es una pareja con una nena un poco más grande que Gervasio. Se llama Anahí, tiene los cachetes colorados y las piernas gordas. Corre hacia nosotros y empieza el interrogatorio.

—¿Cómo se llama? ¿Y su papá? ¿Va al jardín?

La madre pega un grito. La nena pide perdón y vuelve a la mesa.

—Disculpá, cuando se aburre se pone atrevida.

—No hay problema —respondo mirando para un costado.

—Estos hijos de puta te dan un hotel sin aire —dice el hombre—. Sabés el quilombo que les voy a armar.

—Bueno, mi amor, bajá la voz.

La mujer lleva un vestido de flores parecido al empapelado de la habitación. Debe tener mi edad pero actúa como si fuera la madre de todo el mundo. Habla sin parar y en cada frase me hace sentir en falta. Que cómo no le puse protector solar, que es importante llevar siempre caramelos de fruta, que con los nenes hay que ser precavida y que el táper es la salvación. Respondo con un movimiento sutil, apenas muevo la cabeza. Sonríe mecánicamente. Ella se siente orgullosa de mi silencio y se tira el pelo hacia atrás. Cree que la necesito. No tengo ganas de contradecirla. Además parece tan segura, tan plantada en la vida con su marido macizo que le ceba mates dulces cada dos palabras.

Gervasio me tironea de la remera. Quiere teta. Me corro el corpiño y él se engancha al pezón como un ternero hambriento. Cierra los ojos y succiona. La mujer me mira y se ríe.

—Ese es el problema de parir a tu edad, el chico hace lo que quiere. Mirá, ya se adueñó de tu pecho. Yo a Anahí le dejé de dar a los seis meses, cuando empiezan a comer ya piden de pura gula. Se vuelven mañosos, ahora no se la sacás más. Sonaste.

—Yo también quiero darle teta a mi bebé —dice Anahí. La nena corre y saca de la mochila rosa una muñeca de plástico. Se sube la remera—. ¡Mirá, ella también toma la leche!

El padre la mira y le arranca la muñeca de un tirón.

—Bajate ya la blusa, chancha, qué hacés mostrando la teta.

—Anahí, no seas maleducada —le dice la madre—. Mamá ya te explicó cómo son las cosas, portate bien.

Gervasio entreabre los ojos y me mira cómplice. Volvemos a la habitación. Me acuesto y dejo que tome hasta que se queda dormido.

A las doce de la noche, prenden el tubo de luz. Me tapo con la sábana y entreabro los ojos. Son ellos tres, cargados de bolsos.

—Encima nos dan una habitación compartida. Sabés qué caro les va a costar —dice el hombre mientras la nena repite dame, dame, dame.

—Hacé silencio, Anahí, que hay gente durmiendo, a ver si te callás la boca —grita la mujer. Me hago la dormida para que no me hablen, pero no da resultado.

—¿Te gusta dulce o amargo? —pregunta el hombre.

—Estoy durmiendo.

—Ah, perdoná, no me di cuenta.

—¿Algo para comer? —dice ella.

—No, gracias —digo y vuelvo a taparme.

No puedo dormir, el ruido que hacen al tomar mate me taladra los oídos. Todo en ellos es exagerado, como si necesitaran demostrar que están en el mundo, que ocupan un lugar a fuerza de gritos y movimientos inútiles. Cuando al fin apagan la luz, me destapo y empiezo a relajarme. La calma dura poco: una vez que sus padres se duermen, la nena se despierta llorando.

—Anahí dormite ya, dormite, mirá la hora que es —grita la madre y su voz es peor que todos los llantos del mundo—. Gordoóoo, vení, bajá que la chancha se levantó mañosa.

Suspiro para que se den cuenta de que molestan pero ni siquiera lo registran. El tipo se baja de la cama marinera y prende la luz. La nena patalea hasta que sale el sol. Gervasio se sobresalta a cada rato, busca el pezón con la boca y vuelve a dormir. Qué envidia poder ser indiferente al mundo. Refugiarse en una teta y que todo lo demás te resbale.

A la mañana lo dejo durmiendo y voy al baño a darme una ducha. El hombre se está afeitando mientras la mujer y la hija desayunan en el comedor. Me mira fijo y sacude los pelos de la maquinita contra los azulejos.

—¿Me viniste a buscar, no?

—Quiero bañarme, avisá cuando termines —le digo y me doy vuelta. Entonces siento su mano como una pinza.

—Dale, si me venís buscando desde ayer. ¿Te pensás que no me doy cuenta?

Lo miro a los ojos sin decir nada. No voy a dejar que me incomode. Me quedo observando las arrugas que tiene alrededor de los labios, las venas rojas que le atraviesan los ojos como si fueran pequeños ríos de bronca contenida. De pronto saca la pija y se la agarra con las dos manos. No llego a ver nada más que una maraña de pelos negros.

—¿Te gusta?

—¿Cuánto tenés?

—Ah, ¿encima me querés cobrar? Tomá, agarrá lo que quieras.

Abro la billetera que me tira por el aire, saco cuatro billetes y un puñado de monedas.

—Más vale que valga la pena.

Meto la mano por debajo de su selva, el elástico del pantalón está flojo. Un pene corto y grueso late como un canguro recién nacido. Lo sostengo entre dos dedos y el tipo se muerde los labios. Creo que nadie lo toca desde hace siglos. No hace falta demasiado, lo muevo un poco y lanza un hilo pegajoso que se me adhiere como plasticola. Me lavo las manos y él se limpia rápido con papel higiénico.

—Gracias, corazón —dice y se va mirando el suelo.

Cierro la puerta del baño con traba, me saca la ropa y me meto abajo del agua. Siento una especie de adrenalina. El poder de saber que puedo hacer lo que quiera, que mi vida es mía y que no hay nadie cerca para juzgarme. Termino de bañarme y me siento sobre el bidet. Pongo el chorro fuerte y acabo sin pensar en nada.

Llegamos a playa Serena al mediodía. Una bruma espesa se mezcla con el agua. Gervasio mira el mar. El horizonte calmo, profundo. No dice nada. Se pone serio, clava los ojos en la inmensidad con el ceño fruncido y las manos detenidas en un gesto que no le conocía. Después le da la espalda y se acomoda sobre la arena. Nos miramos, perplejos, frente a tanta belleza y soledad. Lo beso en la frente y nos vamos caminando de la mano.

No me gustan las calles de arena, el viento te llena los ojos de polvo. La hostería está a una cuadra del mar. Es una casona antigua, de ventanas altas y cortinas traslúcidas. Pido una habitación con balcón y vista a la playa. Le digo a la mujer que me abra una cuenta. Si desconfía, no se le nota. Me da un juego de llaves y dos toallones blancos doblados en forma de cisne.

—Descansá —dice.

Abro la canilla caliente y me quedo con Gervasio mirando cómo el agua se escurre por el agujero. Después de un rato, pongo el tapón. El vapor empaña el espejo; le saca la ropa y nos metemos en la bañera. Hundo la cabeza y él se ríe. Abre la boca y toma agua. Yo lo peino despacio, acaricio cada remolino de su pelo. Cuando se le arrugan los dedos, salimos a secarnos al lado de la estufa.

Ahora oscurece. Me llevo una frazada del hotel en la mochila y vamos a sentarnos sobre las piedras de la costa. Las olas golpean y forman montañas de espuma. A él no le gusta, esconde la cabeza dentro de mi cuerpo y toma teta para sentirse a salvo. Por suerte se duerme rápido, al fin tengo un rato para estar sola. Miro el mar. ¿Será profundo? Nos imagino muertos y hermosos, flotando los dos como barcos sin vela. Acerco un pie, lo hundo. El agua está helada.

Rosalía, la señora del hotel, me indicó el camino. Dijo que si no iba, no me perdía de nada. Puro morbo tienen ustedes los de la Capital. Mejor comprar alfajores en Polines. Allá las playas vienen con suerte. Le dije gracias y anoté el lugar con una cruz en el mapa.

Desayunamos dos medialunas mientras subimos los médanos. Nos acompaña un perro mezcla de galgo. Es un animal raro, no ladra nunca. De las casas salen perros furiosos que quieren atacarlo y él ni se inmuta. Los mira fijo. Un solo gesto alcanza para dejar a sus contrincantes con la cola entre las patas. Sobrevuela la arena, mudo y liviano. Parece un pájaro.

Bajamos la pendiente corriendo, Gervasio grita de contento. Avanzamos con la emoción de

quien sabe que va a encontrar un tesoro. El galgo se acerca a la ballena, hace pis sobre su aleta y desaparece entre los arbustos.

Hay niebla. La playa es un espejo. A pocos kilómetros, una banderita roja se agita por el viento como pidiendo auxilio. Doy vueltas sin saber qué hacer, me siento un fantasma deambulando en territorio ajeno. Todo es tan hermoso que mi presencia me resulta molesta. Irreal. Me saco las zapatillas y camino despacio. La naturaleza sin humanos es sagrada. Uno debería poder transformarse en hormiga de vez en cuando. Ser un testigo diminuto, no interferir ni pensar.

Toco a la ballena y se me eriza la piel. De dónde nos conocíamos, no sé. Me mira con su ojo azul y reseco y entiendo por qué viajé hasta acá, ese impulso del que no me pude escapar no era un capricho. Necesitaba verla, su muerte es un imán. Apoyo mi cabeza sobre la suya, tiene la piel hirviendo y agujeros en el cuerpo. Dejo a Gervasio jugando bajo la sombra de su lomo y camino hacia la orilla. Diez pasos. Solo diez pasos entre la vida y la putrefacción. Me mojo la cabeza y tomo agua salada. Siento que mi boca se despierta. En lo profundo hay una silueta gris que se mueve entre las olas. ¿Y ahora, qué?, pregunto en voz alta. Nadie responde. Dios está hundido en el mar. Solo se oyen balbuceos. Estamos condenados a la incomprensión.

La fuerza del agua intenta llevarnos para adentro, pero yo te agarro fuerte. No dejo que el océano te arranque. Buceamos y vos abris los ojos. Sos un pez globo y, al segundo, te convertís en pulpo. No te veo, pero lo sé por tu forma de moverte. Aprieto los párpados para evitar que las basuritas me dejen ciega. En un momento, no aguanto la intriga y los abro yo también. Estamos abajo del mar. En el fondo hay restos del verano: juguetes rotos, un termo sin tapa, un sándwich deshecho, un muñeco decapitado. Alucinamos. El aire nos sobra, recolectamos basura como si fueran piedras preciosas. Vos te reís, abris la boca y tus dientes parecen cubitos de azúcar. Los perros vagabundos hacen agujeros en la arena, entierran choclos desgranados. Caminan por el agua con el pelo brillante. Hay uno negro que nos mira fijo, su cara me resulta familiar. Vos lo querés acariciar pero nunca llegamos, se aleja entre las rocas, flota entre los hongos. Del otro lado del muelle, un remolino se traga a los niños perdidos. Después escupe sus zapatillas en alguna playa vacía para que nadie las encuentre. Lo único que queda es el eco de un aplauso colectivo.

A las tres de la mañana no hay mantra que valga. Es la hora maldita. Gervasio se ahoga con sus propios mocos y no sé qué hacer. Le golpeo la espalda poniendo la mano en forma de cuenco, pero no sirve de nada. Salgo de la cama y enciendo todas las luces. Se prende a la teta pero enseguida vuelve a toser. En el techo hay manchas oscuras, deben ser de humedad. Salgo de la habitación con la excusa de buscar un vaso de agua. ¿Cómo está ese chiquito?, pregunta Rosalía. Más o menos, le digo, y me devuelve una sonrisa que no entiendo. Gervasio está a upa mío todo rojo y a mí me tiemblan las manos. Ella se ata el pelo y camina despacio por el pasillo.

—Media cebolla abajo de la cama, santo remedio —dice y me guiña el ojo—. Buscá en la cocina.

No sé si es bruja pero la cebolla funcionó. A la hora Gervasio se volvió a dormir. Yo no

puedo. Abro la ventana y tomo aire fresco. Se me llenan los pulmones de sal. Miro el reloj, falta demasiado para que se haga de día y no lo aguanto. Saco la petaca de whisky y le doy un trago. Tengo la cabeza hirviendo, la boca pesada. La noche es un agujero negro que me lleva a cualquier parte. Recorro los cuartos de la casa que no me pertenece. Avanzo, sigilosa, para no despertar a nadie, aunque soy la única huésped. Toco la pared, espío lo que hay detrás de ese retrato. La mirada enigmática de la mujer me observa. Me escapo de ella y me encierro en el baño. Mientras me cepillo los dientes escucho ruidos, no sé de dónde vienen. Vuelvo a la ventana. Me pierdo en la oscuridad hasta que un hilo de luz aparece entre los médanos.

Escupo —¿o vomito?— una gelatina transparente. Tiene la forma de una célula con un núcleo azul. Parece un aguaviva. Apenas se mueve, sutil y delicada, sobre la sequedad de mi mesita de luz. Yo la miro tratando de entender. Entonces la medusa sin tentáculos adquiere la forma de animales terrestres en plena mutación, hasta volverse un ser humano. Líquido, con un corazón brillante que late en el centro.

Me despierto y siento las sábanas mojadas, el pañal de Gervasio se rebalsó.

Vacío

Esta vez caminamos para el lado de la playa del sur. Es lunes, son las dos de la tarde y en la calle no hay nadie. Acá la gente se esconde del sol. El galgo nos acompaña, va adelante, marcando el paso. Gervasio frena a cada rato. Se sienta sobre la tierra y junta piedritas, saluda a un poste de luz o se asusta porque un bicho le pasa cerca.

Lo alzo para cruzar el médano, el perro mueve la cola y señala el mar con el hocico. Gervasio repite agua, agua, agua. Desde lo más alto, la ballena parece una isla de piedra. Las gaviotas sobrevuelan la carne viva, planean sobre el animal como si fueran sus custodios. De pronto, se lanzan en caída libre y le clavan el pico en la herida abierta. Ella no grita. Parece que no sintiera nada.

El sol en la piel aceitosa genera un efecto extraño. La ballena resplandece como si estuviera cubierta de estrellas fugaces. Cualquiera pensaría que es un mineral, una gran cápsula de sal ajena al dolor y al tiempo. Brillante y eterna. Si no fuera porque en realidad es un mamífero en vías de extinción que agoniza sobre la arena, podría ser un atractivo turístico único en el mundo. Vendrían de todas partes a sacarse fotos y conectarse con la energía ancestral. Pero acá las cosas no funcionan así. Rosalía dice que cuando apareció el primer ejemplar trajeron cámaras de la ciudad y personas vestidas de naranja, pero después el pueblo volvió al mismo pozo de siempre.

Gervasio corre hacia el agua. Sus piernas flacas despegan del suelo como si fuera a volar. Lo dejo ir y me siento apoyando la espalda sobre la ballena. El ojo del animal vibra cada vez que la gaviota le arranca un pedazo de carne. Tiene el tamaño de mi puño cerrado y está lleno de estrías rojas, la sangre que hierve bajo el sol. La piel de la ballena está seca y quebrada. Dicen que era suave y tersa como los cachetes de un bebé, pero a medida que pasa el tiempo se vuelve más áspera, las grietas se hacen profundas. No hay vuelta atrás.

Al principio la gente del pueblo se turnaba para alejar a las gaviotas y mantener a la ballena húmeda. Iban y venían con palanganas y baldes de agua de mar. Le daban esperanzas de volver a su territorio mientras los canales de televisión filmaban un primer plano de solidaridad y pedían donaciones para rescatar al increíble cetáceo.

Ahora que los signos vitales son casi imperceptibles y la ciencia aseguró que no hay manera de salvarla, la ballena no es más que un pedazo de carne que se pudre. Un estorbo. Cuando baja el sol, los chicos la usan de tobogán y le tiran arena en los ojos. A la noche, los hombres del bosque vienen con cuchillos y cortan filetes de la cola y las aletas dorsales. Los preparan a la parrilla porque no tienen otra cosa que comer y piensan que, aunque respire, el animal ya está muerto.

Mientras Gervasio hace castillitos de arena, acaricio su cuerpo inmenso. Le tapo el ojo con la palma de mi mano para aliviarla del sol y de los puntiagudos cristales de sal que arrastra el viento desde el agua. ¿Cuánto tardará en morir? ¿Cuánto más puede soportar? De chica me gustaba aguantar la respiración abajo del agua. Una vez casi me ahogo, mi mamá me sacó de los pelos. Me acuerdo de que salí a la superficie y me sentí dios: podía vivir donde quisiera, el agua y el aire me pertenecían. Sería una mujer anfibia a la que le pedirían autógrafos y le darían las gracias por existir. Pensé todo eso en un segundo y después me desmayé. Cuando abrí los ojos, mamá me pegó una cachetada y me abrazó más fuerte que nunca. Ese día superé mi propio récord y me gané el apodo de la renacida; pero fue la última vez, nunca más volví a intentarlo.

Si pudiera enterraría a la ballena en la arena ahora mismo. Quedar sepultada bajo kilómetros de piedras microscópicas, ser absorbida por el mar. La toco y lloro sobre el orificio de su cabeza. Después me avergüenzo y me alejo sin ahuyentarle las moscas que sobrevuelan su carne y le ponen huevos en las heridas. Gervasio me ve y corre hasta alcanzar mis piernas. Se agarra con fuerza mientras la espuma nos roza los tobillos.

Juntamos caracoles y almejas. Ponemos todo adentro del balde rojo y, cuando llegamos al muelle, dividimos la cosecha. Gervasio tira los caracoles al agua y saluda a los barcos pesqueros mientras yo limpio las almejas para la cena.

Ya nos acostumbramos al pueblo. Nos gusta la vida de mar. Todavía no conseguí trabajo pero hice un acuerdo con Rosalía: nos deja la habitación a cambio de que me ocupe de cocinar todas las noches y de recibir a los clientes, aunque por ahora no hay ninguno. Ella dice que pueden venir en cualquier momento, que cuando fue lo de la primera ballena había tanta gente que hasta compartían las camas, y que eso puede volver a pasar de la noche a la mañana. Los milagros no avisan. Así que me despierto a las siete todos los días, barro los cuartos, tiro desodorante de ambiente en los pasillos y pongo flores en cada mesita de luz. Después salimos a caminar. No tenemos nada que hacer hasta la noche.

Acá el tiempo es diferente, nadie está apurado. Sobran kilómetros y tardes. Hay horas que pasan tan despacio que la ansiedad me provoca taquicardia, sobre todo cuando Gervasio duerme la siesta. Lo acuesto bajo la sombra de los arbustos que hay en los médanos y me quedo mirando las olas. Pienso que algún día voy a ser parte de esa inmensidad, que voy a desintegrarme y transformarme en un líquido turbio parecido a la rompiente. Entonces me viene la sensación en el pecho y el tiempo entra en una tensión insoportable.

Rosalía dice que la culpa de todo la tiene el sol, por eso nunca va a la playa. Apenas se asoma por la ventana de su cuarto al amanecer y antes de ir a dormir. Mantiene todas las cortinas cerradas y se pone nerviosa si abro para ventilar. El aire de mar le trae malos recuerdos y la descompone. Cuando me ve rara, dice que estoy insolada y me manda a ponerme dos hielos con sal gruesa en la nuca. A veces me trata como si fuera su hija, me peina con un cepillo grueso y me hace trenzas cosidas, y al rato dice que tengo que conseguirme un buen marido y volver a la ciudad a criar a mi hijo como corresponde. Yo me entrego a su vaivén. Odia el mar porque se le parece demasiado.

Nos despertamos con los golpes de Rosalía en la puerta. Es de madrugada pero ella está levantada desde hace rato.

—Armá todos los cuartos que encalló un cachorro y parece que viene gente de lejos —me dijo.

Salgo de la cama con Gervasio pegado a la teta. Lo desprendo de mi cuerpo con suavidad, metiendo el dedo chiquito en su boca como si fuera un anzuelo, y lo vuelvo a acostar. Enciendo las luces del pasillo, me pongo a barrer y armar los cuartos. Rosalía prepara café y descongela una docena de medialunas de manteca.

—Parece que es una especie que casi no se encuentra en ninguna parte del mundo. Es un milagro que haya venido a parar acá, te dije que los milagros llegan. Y encima justo en nuestra playa. Andá a sacarle unas fotos que quizá después las podemos vender lindo.

Me da una cámara y dice que ella se ocupa de Gervasio. Yo sigo dormida, le hago caso sin hacer preguntas. Camino para la playa como una sonámbula. Son las seis y media de la mañana. El viento a esta hora es frío y limpio. Todo parece más brillante, me siento adentro de un sueño.

El perro de la verdulería me acompaña en silencio. Subimos el médano y ahí la veo. Es más redonda que las otras. Tiene costras verdes sobre el lomo y la piel todavía negra, como recién lustrada. Un grupo de pescadores le humedece los ojos con trapos salados. El mar avanza sobre su cuerpo, lo acaricia y se aleja dejando una huella de espuma sobre su aleta. Quiero hacer las fotos pero no me dejan.

—Ahora viene el francés, no se puede hacer nada con el bicho hasta que él no lo vea.

—¿Por qué? ¿Qué francés? —pregunto.

—El biólogo. Si no cumplimos, no paga.

Me convidan un cigarrillo y acepto. Me quedo con ellos mirando el punto exacto donde el cielo se funde con el mar. Las nubes negras y densas se acercan y el viento, cada vez más fuerte, nos golpea la cara. Los botes están amarrados sobre la costa. Adentro algunos peces dan saltos enérgicos tratando de escapar. Otros apenas mueven la boca con los ojos clavados en las redes. Los demás ya están muertos.

El hombre lleva la barba canosa y desprolija. Tiene las piernas arqueadas y frunce el ceño. Anda con una camisa desabrochada hasta el centro del pecho y, bajo el brazo, un maletín de cuero marrón. Yo lo miro con los pies metidos en el agua. Se acerca a la ballena y apoya las dos manos sobre el cuerpo del animal, después agacha su cabeza, como si estuviera rezando, y se queda así un largo rato hasta que los pescadores van a reclamarle el pago. Levantan los brazos, se muerden la boca y cierran los puños, pero no sirve de nada: no hay plata. Al final, se alejan resignados. El más joven patea la arena y escupe la cola de la ballena. El hombre de barba no se da cuenta, está muy concentrado desarmando su equipaje. Sobre una mesita plegable ordena un microscopio, lupas de diferentes tamaños, frascos de vidrio y agujas.

Me acerco despacio para no interrumpirlo. Sin levantar la vista, me habla:

—Por favor, necesito ayuda. ¿Usted acaso podría? —dice y me pasa un frasquito. Habla despacio, como si le costara un esfuerzo enorme pronunciar cada palabra.

Le digo que sí y le pido, a cambio, sacarle una foto.

—¿Para qué usted querría una foto de mí? —pregunta.

—No, no, de ella.

—Oh, claro, claro. Pero sin la flash y desde la aleta dorsal.

Se llama Serge, dice que es biólogo marino y que está viviendo en Serena desde hace unas semanas. Tomo la foto mientras él prepara las agujas. Le ponemos a la ballena un suero y paños mojados sobre los ojos.

—¿Podrá sobrevivir? —pregunto.

—No, eso no es imposible. Cuando las ballenas como estas varan en la costa, su propio peso les comprime los órganos. Los daños internos son irreversibles. Ahora quiero mantenerla con vida para poder estudiarla mejor y encontrar las causas verdaderas. Dicen que son animales enfermos,

pero no lo creo.

—Es la tercera.

—Por eso mismo, entonces estoy analizando una teoría acerca del suicidio colectivo. Son animales con fuertes lazos sociales y con un alto grado de vulnerabilidad emocional.

—¿Se suicidan?

—Hubo casos de cientos de cachalotes varados, todos tenían el mismo factor sanguíneo y estaban en perfectas condiciones de la salud física. En las ballenas la respiración es intencional, cada segundo de su vida no sucede por inercia, como en nuestro caso, sino que es deliberado. Otra posibilidad es una anomalía en el campo magnético terrestre. Y tengo otras hipótesis, pero aún no he podido confirmar ninguna. Trabajar en estas condiciones es una situación compleja.

—¿El suicidio es una enfermedad genética?

—Si le sobra el tiempo y resulta una actividad grata y de su interés personal, puede ayudarme a humedecerle los ojos y espantar a las gaviotas.

—Bueno.

Me quedo hasta el mediodía con Serge. Anota a cada rato frases y números en su libreta. No quiere traducirme, dice que no puede arriesgar hasta no estar seguro.

Al final no vino nadie. Esperamos hasta las cuatro de la tarde pero no llegó ni un solo huésped. La única novedad fue un llamado telefónico de una periodista de la Capital que quería saber cómo vivíamos la “oleada de ballenas”. Rosalía le dijo que no eran cosas para conversar por teléfono y que, si quería saber, la esperábamos con gusto.

—Te puedo hacer diez por ciento de descuento si son un grupo de cuatro o más —dijo antes de colgar.

Pensé que se iba a amargar pero no pareció importarle. No volvió a mencionar el tema de las ballenas. Almorzamos las medialunas que había descongelado a la mañana con jamón y queso. Después el día fue pasando. Llovía, así que no salimos. Estuvimos toda la tarde mirando enciclopedias y revistas viejas de moda. Le pregunté a Rosalía si conocía al biólogo que estaba viviendo en Serena.

—Ah, sí, algo escuché. Parece que es un loquito. Alquiló una casa allá en el fondo y no sale nunca ni habla con nadie, salvo para mirar a los bichos.

—¿Y hasta cuándo se quedará?

—No sé, a esos mejor tenerlos lejos.

Soñé que se ahogaba. Estábamos sentados al borde de una pileta y él se tiraba. Su pequeño cuerpo rígido caía como si fuera un muñeco de plástico. Yo me lanzaba detrás, nadaba rápido hacia abajo pero no alcanzaba a tocarlo. Lo miraba hundirse sin ninguna resistencia. Seguro de su decisión, con los ojos bien abiertos.

Me despierto sin oxígeno, con un gemido atragantado y los lagrimales llenos de agua. Gervasio duerme al lado mío. Su respiración es tranquila y suave. Lo tapo y lloro con la almohada en la boca. No puedo volver a dormir. Si las ballenas se suicidan, los niños también pueden

hacerlo. Nunca lo había pensado. Ahora que sabe caminar, es posible que un día decida matarse. Me acurruco al lado suyo y le pido que no lo haga. Por favor, no me dejes nunca, le digo al oído, y él succiona en el aire.

Abandono la cama cuando apenas está aclarando. Me asomo por la ventana, el cielo se parte al medio como una boca mal pintada. Gervasio duerme abrazado a una frazada que se hace pasar por madre. Me pongo una manta sobre los hombros y salgo despacio. Me sorprende el movimiento precoz del mundo. Los hombres ya andan en sus bicicletas y en sus motos zigzagueantes, los perros ladran y las mujeres corren detrás de los niños. Y yo, que me creía el único ser despierto en playa Serena no soy más que otra mujer que camina, sin saber muy bien a dónde, enterrando los pies en la arena todavía fresca. Sin bolsas, sin trabajo, sin hijo. Inútil y libre como un pájaro.

Sigo a un grupo de perros hasta la playa. El mar está encrespado. Las olas rompen contra la costa y me salpican de sal. Ahora sí estoy, al fin, sola. Me siento a mirar la nada. No me gusta. Un miedo primitivo me enrojece de pronto. Me pongo nerviosa. ¿Y ahora? No, no estoy acá para contemplar la belleza postal de un amanecer. No quiero caminar y ejercitar los músculos de mis piernas, tampoco descansar después de una mala noche. El océano, todavía oscuro y denso, me da terror porque me llama a los gritos. Y los gritos nacen de mis vísceras. Mis órganos casi podridos rasguñan la carne hasta transformarla en un trueno hueco. El vértigo de fundirme con esa nada. Las ganas de correr mar adentro hasta perder la conciencia. ¿Qué es el miedo a la muerte sino un deseo desesperado de morir? Dejo la manta sobre la arena. La acomodo despacio, como si preparara un almuerzo familiar sobre el pasto recién cortado. Me lanzo a la orilla pero no llego a rozar el agua con los pies. Mis piernas se quiebran y caigo, rendida como una religiosa, sobre los caracoles. Miro hacia abajo y encuentro el infinito en la arena. El sol ilumina el suelo y hace latir a los millones de partículas de sal y de vidas pasadas que brillan bajo mis pies. Cubro mis ojos con espuma.

¿Cuánto tiempo puedo pasar sin moverme? Ya casi soy un fósil. Mi hijo tendrá que desenterrar los restos y recuperar la historia de mis huesos. Voy a mezclarme con los esqueletos de pescados enfermos y abandonados en la orilla. ¿Y si alcanzo a la ballena? Cavar un pozo profundo hasta encontrarme con el mar que existe bajo la arena. Nadar en su vientre. Volver al origen. ¿Cuánto tengo que hundirme para tocarlo? Mi mano desaparece, húmeda, y vuelve a la superficie. Así nunca voy a llegar al núcleo. Tengo que desarmarme primero. El sol me quema los párpados.

Las mañanas son cortas. Gervasio aprieta la almohada y la leche no sale. Lloro de hambre mientras mis tetas empujan. Levantate, estamos a punto de estallar. Entonces obedezco, al final no soy más que una red de conductos lácteos. El universo es una gota de leche que me moja la ropa.

Gervasio se quedó otra vez con Rosalía. El amor que se tienen me da una mezcla de alivio y de celos tremendos. Ya no soy la única imprescindible en su vida, ahora también se divierte y se calma con ella. Le dije que salía a caminar y me fui a la playa. Andar por la arena es casi lo único que hago.

Está nublado pero dejó de llover. El mar sigue de color gris. Miro el horizonte y me siento

vacía. Es como si no tuviera nada. Ni órganos, ni sangre, ni siquiera un nervio adentro mío. Soy un envase de piel y ropa vieja. Sin funciones. Desde hace unos días no puedo percibir mis latidos. Mi interior está lleno de silencio. Puedo no comer durante horas y mi sistema digestivo no reacciona. ¿Estaré por perder los signos vitales? Acerco la mano a la nariz, exhalo con fuerza para comprobar que el aire entra y sale. Sigo viva.

La deriva me agota. Camino hacia el primer cadáver, solo por llegar a algún lado. La ballena no parece un animal. Es una roca perdida al sur de playa Serena. Me saca las zapatillas, la arena me muerde los pies. Nunca me gustó el polvo en las uñas, los granitos pegados a la piel me dan asco. De chica mi mamá me frotaba los dedos con una esponja de cocina para desprender la costra de mugre.

Me gustaría encontrarle el lado cómico a este paisaje absurdo, pero no puedo. De cerca todo es peor. Las moscas cubren las heridas de su cuerpo. Un olor a fermento espantoso invade la costa. La marea está alta y las olas empujan la carne muerta. Despejan a los parásitos. Las bacterias se ahogan en la espuma. El océano se esfuerza por hacer justicia, aunque nunca llega a tiempo. La sal cicatriza las mordidas de los perros callejeros y los cuchillos afilados de los serenos. Mientras, en el cielo, las gaviotas disfrutan el éxtasis. Bailan sobre la muerta, dan giros en el aire y arman una coreografía macabra y hermosa. En cada vuelta, una de ellas se abalanza sobre la carne y gime de felicidad. El espectáculo de la devastación es exquisito.

—¿Un cigarro? —dice el hombre.

Estiro la mano para recibirlo y él se acerca.

—El viento apaga el fuego —dice ahuecando la mano sobre mi boca, mientras prende un encendedor dorado.

—Gracias.

—Está complicado el asunto —dice señalando a la ballena.

—Huele mal.

—Eso no sería un problema, pero está hinchada. Puede explotar, los gases se expanden. Un desastre, imagínate.

—¿Y si la entierran?

—Hicimos el reclamo, pero fuera de temporada esto es tierra de nadie.

—Ah.

—¿Y vos qué hacés acá?

—Nada, caminaba.

—Hay buena marea, podés acompañarme a pescar. Andan lindas corvinas por la zona.

Subimos al bote, le digo que tengo que estar de vuelta antes de que oscurezca.

—Sí, claro —dice sin mirarme.

Tiene la piel cobriza y firme; el pelo le cae sobre la frente como un manojo de tentáculos. Su cuerpo entero se contrae como la respiración de un pez fuera del agua. Todo en él es enérgico. Está descalzo y empuja el bote desde la orilla. Yo fumo apoyada en las redes, siento un tirón en la espalda. Me dejo sumergir por ese hombre que avanza contra las olas. Abandonamos la tierra de a poco. Cuando me doy vuelta, la ballena muerta es apenas una mancha negra sobre la arena.

—Me llamo Horacio.

—Irina —miento.

Llegamos a un lugar donde el tiempo queda suspendido. No hay olas, ni llegan los ruidos de la costa. Flotamos. El viento nos mece. Horacio tira la red al mar mientras yo hago círculos en el agua con la punta de los dedos. Después se acerca, me agarra del cuello y presiona hacia arriba. Desata el nudo de mi contractura con un movimiento simple. Un escalofrío me hace temblar. Nos miramos sin incomodarnos.

—No estés así —dice.

—¿Por qué?

—Porque así funciona el mundo y no vale la pena.

Me toca el pelo y vuelve a sus redes. Le miro el sudor de la nuca, quiero probarlo. Camino haciendo equilibrio entre cuchillos y anzuelos. Apoyo la boca contra el lóbulo de su oreja y lo beso despacio, como si fuera un aguaviva adherida a su carne. Él se entrega sin hacer nada más que cerrar los ojos. Tiene sabor a algas frescas.

Nuestras lenguas se mezclan mientras nos acostamos arriba de un mediomundo. Pierdo el equilibrio, mi mano aterriza en su entrepierna. Nos devoramos siguiendo el ritmo del agua. Cuando estoy por acabar, un chorro de leche sale de mis tetas y le moja el ombligo. Lanzo un grito sobre el mar, él termina en silencio y regresa al trabajo. Su indiferencia me conmueve.

En el pelo oscuro de Gervasio se formaron caracoles. Después de bañarlo, busco la tijera que Rosalía guarda en el primer cajón de la recepción.

—Te voy a cortar el pelo —le digo mientras le estiro el flequillo hasta el borde de los ojos.

—¡No! —grita él, como si supiera. Y yo lo obligo. Pruebo el filo sobre un mechón de mi pelo y después corto el suyo. Los bucles caen al piso y él los mira como si estuviera perdiendo los dedos u otra cosa importantísima.

Aprieto su brazo para que no se mueva, lo lastimo.

—¡Quieto! —le grito. Con la mano izquierda, trazo una línea imaginaria y después destrozo la fragilidad de ese pelo virgen que yo misma dí a luz. Mutilo a mi hijo con bronca.

—Ya está —digo y él se aleja con un gesto de tristeza. La cabeza gacha, los hombros flojos a los costados del cuerpo. Su madre lo traicionó por primera vez.

Levanto sus restos. Acaricio la suavidad de su pelo muerto. ¿Por qué lo hice? Son tan bellos, pequeñas criaturas que se enroscan sobre sí mismas. Apoyo un mechón sobre el hueco de mi mano, huele a manzanilla fresca, a su piel recién despierta. Lo beso. Hundo la nariz en el pelo que yo misma decidí arrancar.

—Perdón —digo en voz baja, mientras se me inundan los ojos.

Sigo sin poder dormir. La luz que entra por la ventana forma figuras extrañas en la pared. Son personas flacas y estiradas, sin rostro, como las de aquel sueño. Lo abrazo a Gervasio pero no consigo calmarme. El miedo salta adentro de mi cabeza como si estuviera en una cama elástica, me golpea. Intento distraerme pensando en Serge, en las ballenas, en Horacio. Es peor.

Me levanto, voy al baño. Me mojo la nuca para despejar las ideas. Estoy transpirada. De vuelta tengo la sensación de que me pierdo. Debería volver a la ciudad y buscar un trabajo de

oficina, Rosalía tiene razón. Tener una pareja estable. Organizar mi vida. Agarro el lápiz de labios del botiquín y me pinto de rojo, me estiro el pelo hacia atrás. Finjo una sonrisa.

Camino desnuda por el pasillo del hotel. Prendo la luz. Al fondo, un espejo me devuelve la mirada. Me acerco despacio, dudo de mí. Tengo la marca de los dientes de Horacio en la nuca. La prueba de mi existencia es su cuerpo sobre el mío. Los besos en el cuello son lo único que vale la pena. La lengua que sube desde la clavícula hasta enredarse en la oreja. El sexo es una excusa. Su aliento a sal intenta arrancarme los lunares de la espalda. Una mordida suave, las venas inflamadas y mi cabeza girando alrededor de su pelo. Me toco para olvidarme del mundo. Tengo una convulsión sobre la alfombra. Vuelvo al cuarto, abro la ventana. La luna se diluye en el cielo, los pájaros gritan histéricos. Me acuesto al lado de Gervasio y lo abrazo mientras escucho los pasos de Rosalía.

Silencio. Los animales saben callarse a tiempo antes de arruinarlo todo. Vení acá, más cerca, borrame con la lengua. Cinco corvinas y una ojota. La pesca del día.

Óleo

Todos están en la playa. Quieren ser testigos de la carnicería. El horror ajeno calma las propias angustias. No falta nadie. Asistencia perfecta. El cuerpo de la ballena es el escenario de una mutilación trascendental. El registro de este día pasará al archivo del municipio. Todos quieren ser parte del mito. Salir en la foto de la historia. Permanecer.

El especialista llegó de la ciudad esta madrugada. Tiene un traje blanco, anteojos y guantes de látex reforzado. Vino en su camioneta 4 x 4, lo acompañó una grúa que ahora espera a unos metros de la orilla. Quizá la ballena explote en mil pedazos. La sangre y los riñones manchando la sabiduría del hombre. O tal vez el alma se escape en forma de un gas vomitivo. Sobrevolará nuestras cabezas hasta perderse en el océano; reirá de nosotros. O se quedará en silencio. La muerte es impredecible.

—Primero lo que vamos a hacer es pinchar al animal para procurar que los gases salgan de manera controlada —dice el especialista—. Comprendo su interés, pero les pido, por su bien, que mantengan una distancia prudente.

—¿Por qué la van a pinchar? ¿Es como una vacuna? —pregunta uno de los chicos ubicados en primera fila.

—Los intestinos comenzaron a fermentar y se encuentran en un estado de putrefacción avanzada. Hay una gran acumulación de presión dentro del cadáver. Ahora, por favor, les pido que den un paso hacia atrás.

El especialista sube al lomo de la ballena con un maletín térmico. Saca una aguja larga y gruesa. Con un marcador negro, traza un cuadrado en la superficie del cuerpo y, antes de penetrarla, posa para la foto. El minuto de fama es sagrado. Después estira el brazo como si fuera un monje zen tratando de alcanzar el cielo. Apunta con su flecha al centro del universo y clava la aguja. Espera. Los ojos también se clavan en el cuerpo agujereado. Niega con la cabeza. Repite la operación. En cada puñalada, los vecinos de Serena aplauden. El éxtasis compite con el asco. Algunos se tapan los ojos y espían entre las rendijas de los dedos. Otros abren la boca y extienden sus celulares. Un nene llora sobre el hombro de su madre.

Entre la gente, veo a Horacio. No parece muy interesado en la ballena. Está presente por deber, pero su atención se concentra en la pantalla de su teléfono. ¿Con quién hablará? Parece preocupado. Tiene el cuerpo seco y la mirada vacía. Perdió el encanto. Se habrá contagiado de sus pescados. ¿Es realmente Horacio? ¿Puede alguien cambiar tanto en cuestión de horas?

—El procedimiento falló. Vamos a tener que recurrir a la segunda alternativa. Les recomiendo que regresen a sus casas. Lo que viene no es apto para sensibles.

El hombre habla como si fuera un personaje de ciencia ficción. Le gusta asumir ese papel. Sentirse superior detrás de su traje de astronauta impoluto. La segunda alternativa es trozar la carne de la ballena con una motosierra y enterrarla en la costa.

—Lo haremos lo más rápido posible —promete.

—Si hay que destripar, el animal merece una extremaunción —dice la mujer que sostiene un rosario.

—Estás loca, Julia, eso es para los moribundos, no para los cuerpos podridos.

—Destripar es pecado. Si no hacemos el procedimiento como Dios manda, el pueblo será

castigado.

—¡Vieja loca! —grita uno de los pescadores.

—Julia tiene razón, mejor prevenir que curar. Llamemos al sacerdote de Polines, son diez minutos y nos quedamos tranquilos.

—Pero la extremaunción es para personas, no para ballenas.

—Y para vivos, si ya está muerta no sirve de nada. Una vez que el espíritu se separa del cuerpo, no hay sacramento que valga.

—No se sabe por qué murió la ballena, si fue suicidio es necesario perdonarle los pecados —insiste la religiosa.

—Los animales no tienen alma ni pecados. Son un sistema de órganos, una máquina sin sentido: nacen, se reproducen y mueren. No hay nada más que cuerpo.

—Mejor enterremos al bicho rápido y que se acabe este asunto.

—Vótemos.

—Bueno, pero solo los serenos. Los que están de visitantes no pinchan ni cortan.

Mientras la gente discute, el especialista fuma adentro de su camioneta, la estacionó al borde de los médanos, a una distancia prudente de todos nosotros. Se arma una ronda y el pueblo vota. Yo me abstengo, soy visitante. Aunque los argumentos más lógicos apuntan a enterrar a la ballena y pasar a otro tema, la extremaunción gana por amplia mayoría.

Un chico se acerca a la camioneta a dar los resultados. El hombre se fastidia, prende otro cigarrillo y dice que más de unas horas no puede quedarse. Tiene que volver a la ciudad porque a la tarde da clases. Además de especialista, es profesor de gimnasia artística.

—Hay que sobrevivir —dice.

El dueño de la estación de servicio se ofrece a ir hasta Polines a buscar al sacerdote. Los serenos se dispersan, la playa vuelve a quedar vacía. El cuerpo de la ballena pinchada se cubre de gaviotas. Me quedo mirando la espuma que se acumula bajo su aleta dorsal.

El especialista duerme sobre el volante. El circo lo agotó. Y todavía falta lo peor. Serge cruza el médano, camina sin mirar a los costados y se acerca a la orilla del mar. Tiene zapatos de cuero y un pantalón gris que alguna vez fue parte de un traje. Se lo arremanga por encima de las rodillas. Mete los pies en el agua, se olvida de los zapatos. No le importa. Saca una libreta y anota cosas. Me acerco despacio, la marea sube. La espuma se deshace bajo mis piernas, me lame los dedos como un perro domesticado.

—La van a cortar en pedacitos —le digo.

—Lo sé, esta gente es maquiavélica.

—Una verdadera máquina de guerra.

Serge guarda la libreta y saca del bolsillo del pantalón dos bolsas de nailon de la verdulería y una navaja. Camina con paso firme hacia el animal, yo lo sigo.

—¿Qué hacés?

—No es momento de preguntas. Ayúdeme. Esto tiene que ser una cuestión rápido.

—Mirá que fueron a buscar al sacerdote. Además con esa navajita no creo que logres demasiado.

—No hable, mademoiselle. Cuando yo le diga, usted deje de respirar y alcánceme el balde.

Clava la navaja y dice ahora mismo. Contengo la respiración, le paso el balde. Cumpló con mi

tarea mientras él clava más y más profundo hasta hacer un agujero en la panza del animal. No sé por qué estoy acá, pero ya es demasiado tarde para irme. Miro la espuma del agua y cuento hasta ciento treinta y cinco. Cuando me doy vuelta, el brazo de Serge está metido en el orificio. Parece manco.

—Es peor que profanar una tumba —le digo.

—Son los sacrificios de la ciencia. Es un trabajo negro. Ya termino casi.

Las gaviotas giran sobre nosotros. Después, aburridas, se dejan llevar por el viento y planean en dirección al norte. Abren las alas y se entregan. Vuelan sin esfuerzo, como avioncitos de papel. Sin destino ni objetivos.

—Es el final —dice Serge.

Mete un órgano oscuro dentro del balde.

—El embrión es crucial para mi investigación. Los hijos son huellas.

Miro la hora. Gervasio ya debe estar despierto.

—Me tengo que ir.

—Vamos —dice mientras se acomoda los anteojos. Se enjuaga las manos y carga el balde como si llevara almejas para el almuerzo.

—¿Te gustan los perros? —le pregunto, pero no responde. Avanzamos sin hablar, cada vez más rápido hasta que nos dejamos caer por la pendiente del médano. Cuando llegamos a la hostería, señalo mi ventana y me despido. Él achina los ojos y se rasca la oreja. Después sigue caminando. No me mira.

Rosalía tiene a Gervasio a upa. Le canta un bolero mientras le da golpecitos suaves en la espalda. Siento una especie de angustia a la altura del pecho. Un dolor parecido a un escalofrío.

—Se despertó hace una hora y media. Pedía por vos —dice.

—Hicieron una asamblea en la playa y me quedé a escuchar, se me pasó el tiempo. Van a buscar al sacerdote para hacer la extremaunción a la ballena antes de enterrarla. Deberías ir, en un rato es la ceremonia.

—No me interesa.

—Da gracia, ¿no?

—Es una pérdida de tiempo. Seguro fue Julia, anda siempre con las cartas de un lado para el otro inventando tonterías. Piensa que las ballenas mueren acá porque el pueblo está maldito. La que está mal de la cabeza es ella.

—¿Venís con nosotros? Nunca vi una extremaunción.

—Tengo que limpiar las ventanas.

Lo agarro a Gervasio, me abraza fuerte, todavía tiene los ojos llenos de lágrimas. Le pido perdón, responde apretándome una teta. Volvemos a la playa, lo llevo sobre mis hombros, él me tira del pelo y recupera la sonrisa. Cuando llegamos, ya están todos. Algunos tienen velas, pero el viento las apaga a cada rato. A la naturaleza no le gustan los rituales. Busco a Serge, pero no lo encuentro.

El sacerdote se unta las manos con una pasta que parece manteca. Según él, es un óleo sagrado que prepara al cadáver para encontrarse con dios y lo libera de todo pecado. Dice que aunque la ballena esté muerta igual el procedimiento funciona, porque falleció fuera del agua, su lugar de origen. No entiendo qué tiene que ver, pero no me animo a preguntar, los demás escuchan y

asienten. Al lado mío, un chico le dice a su hermano menor que es grasa de caballo.

—No hacemos esto con animales, pero dadas las condiciones y el apuro de la circunstancia, vamos a considerar que la Iglesia me lo permite. Que la paz sea en esta casa. Amén —dice el sacerdote mientras masajea la piel de la ballena muerta.

—Amén —se escucha.

Julia se acerca al sacerdote y dibuja una cruz sobre la arena. En el centro pone una piedra.

—Ignora el espanto de las tinieblas, el chisporroteo de las llamas infernales, la tortura de los tormentos —dice—. Tiembla y huye a la cruel confusión de la noche eterna. Que todas las legiones infernales sean confundidas y se avergüencen y los ministros de Satanás no se atrevan a impedir tu viaje.

El sacerdote da un paso al costado. Se tambalea. Le acercan una reposera de rayas fluorescentes. Le mojan la frente. Vomita sobre una toalla de mano. Se relame frunciendo la nariz. La cara de asco lo hace más viejo. Las arrugas se le bifurcan y se llenan de transpiración. Huele a pescado podrido.

—Terminemos acá. La muerte me descompone —le dice a Julia y ella le acaricia la nuca. Después vuelve a pararse.

—Gracias, los espero en la misa del domingo —grita el sacerdote. Todos aplauden.

—Ahora voy a dejar aquí este recipiente para que, si lo desean, puedan adelantar su diezmo o una ofrenda a nuestra Santa Iglesia.

La gente se dispersa. Quedan algunos adolescentes con sus celulares, ansiosos por sacar fotos de la mutilación. El especialista se baja de la camioneta con cara de dormido. Prende un cigarrillo. Le hace una seña a la grúa para que empiece el trabajo. Mientras, Gervasio juega con la arena.

El ruido de la motosierra lo asusta. Le doy la teta para que no mire. El mundo es un lugar horrible. La grúa hizo un agujero profundo bajo el mar. La ballena trozada dejó de ser un animal. Los adolescentes se fueron después del primer corte. Las risas se perdieron entre los arbustos de los médanos. Ahora el especialista se deshace del traje ensangrentado. Vuelve a la camioneta. Enciende la radio y fuma. La grúa se ocupa del entierro. Gervasio se está durmiendo. Antes de echar la arena sobre el cuerpo, cubren la carne con sal gruesa. El procedimiento es rápido. A la hora no quedan restos. El tipo de la grúa me saluda levantando la mano. Me mira y mueve los labios. No lo entiendo.

* * *

Rosalía quiere llevar a Gervasio a hacer las compras del mes. Dice que se toma el colectivo, que es solo media hora de viaje hasta Polines.

—Hacemos los mandados, lo llevo a la calesita y nos volvemos en el remis.

Le pregunto a Gervasio si quiere ir y dice que sí con los bracitos estirados. Nunca nos separamos tantos kilómetros, pero me parece que ya está listo. Le cambio el pañal, lo peino frente al espejo y le doy besos en la panza. Después salimos los tres. Rosalía está emocionada. Se perfumó y se puso un vestido que no le conocía.

—Hace tanto que no voy a ningún lado —dice.

Esperamos el colectivo en una esquina. Después de un rato, llega a la parada. El chofer saluda a Rosalía con un apretón de manos, le pregunta cómo andan las cosas y le regala un caramelo a Gervasio. Me quedo parada mientras se alejan por la calle de arena. Gervasio saluda por la ventana. Sonríe. Está feliz.

Ahora no sé qué hacer. Sin ellos, me pierdo. Camino hacia la playa, me siguen los perros. Ellos también están aburridos. Voy adonde está la ballena enterrada. Busco un indicio de algo. Me

siento sobre la arena húmeda. El mar está tranquilo, casi no hay olas. Dejo que el tiempo pase. Hoy voy a preparar la cena, quiero hacer algo rico para sorprenderlos. Pienso en Rosalía. ¿Qué va a hacer cuando nos vayamos? ¿Adónde vamos a irnos? Estoy acá haciendo un paréntesis de no sé qué cosa. Quiero detener el tiempo pero Gervasio no para de crecer.

En el horizonte aparecen manchas. Son los botes que vuelven a la costa. Se acercan rápido, pronto se ven las cabezas de los pescadores. Allá está Horacio. Me ve desde el agua y baja la vista. Hago un saludo general. Se nota que fue un mal día de pesca. Los botes vienen vacíos y los hombres de mal humor.

—Hoy no tengo nada —dice.

—Está bien, no vine a comprar.

Desarma las redes y tira caracoles en la arena. Los otros se van y dicen que lo esperan en el bar.

—Vamos a caminar —dice.

Andamos sin decir una palabra. El sonido del mar me adormece las ideas. Después de un rato, llegamos a una playa finita y rocosa. Las olas llenan la costa de espuma. Se forman nubes entre las piedras. Abajo se esconden familias de cangrejos. Huyen de nosotros. Horacio me da la mano y sube por las piedras hasta alcanzar el médano. Nos besamos detrás de un arbusto. Una espina me pincha el pie. Me la arranco de un tirón mientras él me saca el vestido. Lo estira en el aire y lo suelta. Cierro los ojos, lo dejo volar. Su lengua se transforma en un ser vivo. Cogemos rápido, como dos perros. Antes de acabar se desprende de mi abrazo. Planta su leche en la arena. Limpio los restos de semen con los labios. Lo mastico, le digo que me gusta ese estado fronterizo. Ni duro, ni blando. Me mira y se ríe.

—Se me hace tarde —le digo. Él se da cuenta de que es mentira pero no le importa.

Vuelvo por la playa. Tengo hambre. Otra vez me sofoca el vacío, se me van los órganos. Camino liviana y sin propósito. Trago saliva para borrarle el sabor de su leche salada. No quiero volver a verlo.

Rosalía fue a la carnicería. Ahora acomoda morcillas, chorizos y carne cruda sobre una fuente plateada. Lo hace con delicadeza, como si fueran flores recién cortadas. Dice que necesitamos proteínas, que basta de medialunas y de papa con huevo. Me pregunta si puedo hacer el fuego, anda con la presión desajustada y no quiere hacer más esfuerzos por hoy. Jamás hice un asado, pero disimulo mi falta de experiencia y salgo a buscar ramas por el fondo. No quiero desilusionarla.

Armo una pirámide con hojas de laurel y romero seco. Enciendo un fósforo y la veo consumirse en pocos minutos. Rosalía abre la bolsa de carbón, le da uno a Gervasio para que dibuje sobre las baldosas. Cuando se agacha, se pone pálida de pronto. Se queda un rato quieta, con la cabeza entre las manos. Me acerco para ayudarla pero no quiere. Me aleja como a las moscas.

—Quemá las noticias —dice y me alcanza un diario doblado que hay arriba de la mesa.

—¿Estás bien? ¿Querés acostarte un rato?

—No te disperses que el nene tiene hambre. Agregá madera que a las hojas se las lleva el viento.

Vuelvo a armar la pirámide. Acomodo las ramas sobre los bollitos de papel. Los carbones ya

los puse, funcionan como la base de la estructura. El precipicio que se agazapa bajo los cimientos del hogar. Prendo el fuego y me quedo mirándolo como si no existiera otra cosa. Es un ser vivo que amenaza con destruirlo todo. Baila y se penetra a sí mismo, se consume y renace, escupe chispas y yo festejo clavando una rama en el centro.

Rosalía se acerca con la bandeja llena de carne y Gervasio enganchado a la cintura. Lo de no hacer esfuerzos no le duró nada. Apoya con cuidado cada pieza sobre el hierro y agrega menta fresca sobre los huesos. Pasamos horas alimentando el fuego. Después de comer, trae un licor dulce a la mesa del jardín y sirve un vasito para cada una. Brindamos en silencio y nos vamos a dormir. Gervasio se desploma sobre la almohada, parpadea con la boca abierta y los cachetes negros. Yo me abrazo al olor a humo que desprende mi ropa. Sueño con cuerpos desnudos que flotan sobre el barro.

Temblor

Serge toca la puerta y le pregunta a Rosalía por mí. Ella no lo hace pasar.

—Te buscan. Es el loco amigo tuyo.

Tiene un sombrero tan grande que apenas se le ve la cara. Me dice que va a hacer una caminata, necesita tomar algunas notas y le gustaría que yo lo acompañe. Le pido que espere un segundo y voy a buscar a Gervasio. No se sorprende cuando me ve con él. Sonríe como si lo hubiera visto miles de veces. Rosalía se acerca y dice en voz baja que me estoy equivocando. Que no es un hombre de bien. Le doy un beso y salimos.

Caminamos por la playa hasta llegar a las rocas. Pasamos cerca de los cangrejos, cruzamos los arbustos y el paisaje de pronto se transforma. La arena se vuelve más fina, casi transparente. Hasta el mar parece distinto, más oscuro y solitario.

—No conocía este lugar —le digo.

—Estoy estudiando una vibración particular que hay bajo esta playa. Cambia la eje de la tierra. Puede ser la razón por la cual las ballenas se sienten atraídas.

—¿Como un imán?

—No, un vacío similar a los agujeros negros que hay en el espacio. Una fuerza subterránea que ejerce una ultrasonido inaudible para los seres humanos pero muy potente para los cetáceos.

—¿El vacío suena?

—La ballena se siente interpelada por frecuencias sutiles. El vacío no suena pero ejerce una presión que se traduce en ráfagas ultrasónicas que viajan por la mer a la velocidad de la luz. El abismo les atrae por contraposición. Sus cuerpos buscan levedad. Aspiran a la nada. Usted también busca lo que carece en su sistema sanguíneo. Necesitamos equilibrio para evitar el colapso de los circuitos neuronales. Todos somos los animales.

—¿Y usted qué busca, Serge?

—Silencio, si usted puede. Mi mente está hablando demasiado.

—Disculpe.

Me siento al lado de Gervasio, quiero respetar el silencio que Serge necesita para sus estudios. En la playa hay dunas y médanos tan altos que parecen montañas. El mar está tranquilo, en vez de olas apenas se dibuja un remolino suave sobre la superficie del agua. Gervasio salta en la orilla y junta caracoles en su baldecito.

—Mirá, mirá —dice con los ojos abiertos y brillantes, como si cada caracol fuera un hallazgo único. Una pieza milenaria y sagrada perdida hasta ese momento en la infinitud de la costa. Cierro los ojos e intento concentrarme para oír la frecuencia del vacío. Pero en vez de eso, escucho los latidos de mi corazón. Fuertes y desordenados.

—Vamos a almorzar —dice Serge y se adelanta. Anda rápido como si estuviera llegando tarde a algún lado. Agarro a Gervasio a upa y lo alcanzamos al trote.

—¿Le gustan los jardines rústicos? —pregunta.

Cruzamos las dunas y subimos hasta la cima del médano más alto. Serge se detiene y se queda un rato con la mirada suspendida en el océano. Saca su libreta, hace unos dibujitos desprolijos y vuelve a guardarla. En un momento, señala el horizonte con su dedo índice. Una isla negra flota cerca de la costa.

—Es un ejemplar hembra que se posa siempre en el mismo lugar.

—¿Está dormida?

—Ella se está conectando con el campo magnético.

—Es hermosa.

—En unos segundos activará el surtidor, observen ustedes el lomo.

Serge tiene razón. Del cuerpo de la ballena se desprende un chorro de agua tan potente que parece alcanzar las nubes.

—Respira. El espiráculo es el equivalente a nuestras fosas nasales.

La ballena da una vuelta sobre su cuerpo y queda invertida bajo el agua. Después se sumerge y desaparece.

—Mostro, mami, mostro.

—El leviatán, monsieur —responde Serge, y Gervasio esconde su cabeza en mi pelo.

Caminamos por calles de tierra y arena. Los yuyos se acumulan en los terrenos baldíos de los costados. Cada tanto aparecen casas a medio construir, chalecitos de veraneo frustrados. Un perro flaco sale de entre los pastos crecidos. Saluda a Serge con un salto entusiasta que él ignora. Después se acerca a olerme los pies y se adelanta corriendo.

—Es allí —dice Serge señalando una especie de quincho abandonado en medio de un matorral.

Atravesamos una selva de cardos y plantas salvajes. Hay flores violetas del tamaño de mi mano, cubiertas de espinas y abejorros. En el suelo, un grupo de florcitas amarillas forman un manto sobre la tierra arenosa. Arranco una y le hago cosquillas a Gervasio en la nariz. Él se ríe y me mordisquea el cachete. Serge nos observa con curiosidad, como si fuéramos una de sus criaturas de laboratorio. Yo escucho el canto de las cigarras y esquivo los pinches. El sol brilla sobre los árboles y el sombrero de Serge por momentos parece un pájaro.

Gervasio corre entre los arbustos, ajeno a las espinas y a los insectos. Respiro profundo la brisa que viene del mar. Me lleno los pulmones y largo un suspiro sostenido. Lo miro sin decir nada. Tengo la sensación de que mi cuerpo vuelve a funcionar, que todo está en su lugar. La tierra seca, las flores con espinas, los pájaros, las cigarras, el sombrero de Serge, la risa de Gervasio. Me dejo arrastrar por un impulso que había olvidado. Mis pies andan solos mientras yo intento devorar toda la belleza del mundo y guardarla en algún rincón para cuando sea necesaria. No deseo ningún futuro. No quiero nada. Existo y eso es suficiente.

—¡Eh! —dice Serge haciendo un gesto con las manos—. No se desvíe, la esperamos.

Regreso al quincho abandonado. Gervasio está sentado sobre un tronco. Devora un pedazo de pan y me llama. El lugar alguna vez fue un restaurante. A pesar de estar en ruinas, conserva el encanto de su antiguo esplendor. Hay mesas y sillas de hierro. Las patas están clavadas al suelo y levemente cubiertas por enredaderas salvajes.

Almorzamos en silencio las frutas y los panes que trajo Serge. Contemplamos a las libélulas y matamos a los mosquitos que se posan, hambrientos, sobre nuestros tobillos. Después de comer, Gervasio se sienta a upa y me pide teta. Me bajo el bretel del vestido y dejo que tome todo lo que quiera hasta que se queda dormido. Se aferra a mi pezón como si fuera una balsa en medio del mar. Cada tanto mueve los labios despacio, entre sueños. Yo le miro la curva de las pestañas y le acaricio el pelo. La costra láctea desapareció, en su lugar nacen unos rulos que se dejan desarmar

por mis dedos.

—Los ballenatos toman casi doscientos litros de leche por le día.

—Increíble. Gervasio estaría encantado de ser un ballenato. ¿De dónde sale la leche?

—Son mamíferos, como nosotros. Las ballenas tienen pezones táctiles, no se ven porque están cubiertos de pliegues de piel. No sabemos no con exactitud cómo las crías acceden a la leche. Pienso que es una combinación única entre los músculos abdominales de la madre y los labios flexibles de la cría. Dos piezas que encajan.

—Uno hecho para el otro. Aunque el amor no suele ser simétrico.

—L'amor es un accidente milagrosa.

—Una alteración de los sentidos, diría yo. Pero mejor no hablar de amor.

—¿Por qué?

—Pensé que los científicos no creían en los milagros.

—El misterio es aliado de la comprensión.

—Una contradicción lo suyo.

—Una contradicción, como l'amor.

—O una fatalidad.

—Es la vida.

—¿Una fatalidad?

—Una coincidencia.

La casa de Serge está sobre la costa. Es una cabaña de pisos huecos. Al lado hay un médano donde anidan escarabajos. El viento choca contra las ventanas y hace temblar los vidrios. Hay un colchón en el suelo y una caja que usa de mesita de luz. Serge fuma un cigarrillo sin filtro y prepara café en un cacharro viejo. Después sirve dos tacitas, las deja sobre la mesa y camina hacia una habitación cerrada.

Abre la puerta y hace un gesto desde adentro.

—Sin zapatos —dice.

Me saco las zapatillas y entro en puntas de pie. La alfombra está húmeda, como si la hubiera rociado con agua tibia. La pared está cubierta de estantes con frascos ordenados de menor a mayor. Caracoles, huesos de pescados, restos que podrían ser humanos, estrellas de mar secas. Serge me mira esperando que diga algo. Pienso en el feto que se llevó aquel día de la playa, pero me quedo en silencio.

—¿No le impresiona?

Le digo que no. Me alcanza el café y nos sentamos en el piso. Miro sus pies por primera vez. Tiene huesos grandes, casi deformes. Siento ganas de limpiarle los dedos con un trapo mojado, limarle las uñas. El deseo me muerde por dentro. Tomo más café del que quisiera, esta noche seguro me voy a dormir con acidez. Cada vez que le doy un sorbo, mi boca se transforma en un océano furioso. Estoy al borde de provocarme un tsunami. Quiero succionar el mundo y que él me sacuda hasta borrarle. Dejar de existir por exceso. Usar la lengua para vaciarlo de sal. No me importa quién, necesito un cuerpo mudo y salvaje que me anule el pensamiento.

—¿Qué ocurre si le digo que las ballenas esconden el origen de todas las especies?

No respondo. Sus investigaciones me aburrieron. Sus pies, en cambio, me producen una inquietud extraña. Quiero tocarlos. ¿A qué saben los pies de Serge? La protuberancia de sus

huesos me intriga más que el sentido del mundo. Imagino su esqueleto, lo pienso desnudo y joven. Limpio y tenso. La entrega es el fin, digo en voz baja, después no queda nada. Somos animales enterrados bajo la arena, partículas que se achican hasta lo imposible. El tiempo es este beso que tengo atragantado. El paladar húmedo.

—¿Qué?

—Que tengo hambre otra vez —le digo.

Él suspira y se levanta despacio. Su cuerpo largo y flaco se estira como el tallo de una hiedra. Se pone las medias de rombos. Miro la hora, tenemos que irnos.

Hace una semana que estamos encerrados en la habitación. Gervasio tiene fiebre y yo apenas salgo a buscar comida. Soy una máquina productora de leche. No sirvo para otra cosa, a esta altura está más que comprobado. Lo único que hago es dejar que me chupe. Me entrego a su deseo como una inconsciente. Ya no lo disfruto, no es como antes. Algo se quebró. Cierro los ojos y espero a que se quede dormido. A veces ni siquiera alcanza, dormido y todo exige mi pezón en su boca. Soy su esclava. Mis tetas se transformaron en goma espuma. Llenas de estrías y de cansancio. Una gota de leche redonda se asoma de puro vicio.

Él no para, todo el día pidiendo más y más. Nunca se conforma. Mi sequedad le da más hambre. Me clava los dientes mientras ordeña con fuerza. A veces pienso que me odia, que en realidad quiere matarme. Tanto amor es imposible de sostener en esta vida. ¿No te das cuenta, nenito? La adicción es un juego que se vuelve triste. Al final el tiempo arruina todo, el amor se pudre. Mi leche acumula resentimiento. Los pensamientos invaden las arterias y las llenan de microbios. Estoy envenenada. Mi criatura va a acumular fastidio en los rollos del culo.

Me mira y sonríe con los cachetes colorados. No se da cuenta de nada. Su mundo paralelo me provoca náuseas. La inocencia tiene un fin. El cuerpo necesita desbocarse. Explotar. Quiero empujarlo al piso y saltar por la ventana. Pero me controlo. Apenas le digo laconchadetumadre, bajito, al oído, y él hace una mueca, parece entender lo contrario. Nada funciona. Resistir es peor, el desgraciado se pone a llorar como si lo estuviera matando. Sus quejas me provocan urticaria. Al final me entrego solo para no escucharlo. El silencio es lo único que me queda. Me sumerjo en su oscuridad buscando sentirme a salvo. No lo consigo.

Hoy le dije a Rosalía que me iba a volver loca.

—No metas excusas —respondió.

A la noche, me trajo un chocolate a la cama. Quise compartirle, pero dijo que andaba otra vez descompuesta. No insistí. Le dije que yo también tenía fiebre y negó con la cabeza. Después trabó la ventana, mi único contacto con el mundo exterior ahora está clausurado. Ya ni siquiera puedo pensar en suicidarme tranquila. Dice que no tengo fiebre, pero estoy hirviendo. La sangre me bombea en la cabeza, puedo sentir cómo se me inflaman las venas. El corazón late fuera de lugar. Quiero arrancarme una teta y dejársela a Gervasio debajo de la almohada con una notita que diga ya no te amo.

Pienso en coger mientras mi hijo se alimenta de mis restos. El semen es el mejor ansiolítico. Necesito fugarme. Volver a llenarme de leche, ser yo de nuevo. Que se meta bien adentro, que me parta al medio, que se inunde el mundo.

Al fin se duerme. Lo arranco como si fuera una garrapata, después le acaricio la frente. Le beso la transpiración del flequillo. Sos mi hermoso, ¿sabés? Camino al baño despacio, sin hacer

ruido, cierro con la traba aunque no tenga sentido. Me siento en el inodoro con una remera sucia en la boca y lloro hasta deshidratarme.

Un golpe seco retumba en mis oídos. Me despierto con la sensación de un grito. Me levanto a tomar agua y descubro lo peor: recién son las dos y media de la mañana. Otra vez lo mismo. La historia se repite hasta el absurdo. Las imágenes del sueño empiezan a aparecer como los huesos de un animal. Fragmentos que no se comprenden, amputaciones sin lógica. Puedo ver el filo apuntándome a la cara. Las cejas prominentes del asesino y el mueble de mi abuela abandonado en medio de una calle oscura. Mis fotos de infancia revueltas en el piso. Mi hijo aferrado al cuerpo. Los pies descalzos. Rosalía saliendo en pijama a la vereda, desorientada. La noche eterna sobre nuestras espaldas. Nosotros que nos hundimos y nadie puede vernos. Mi voz que se volvió muda. Los huesos del animal me lastiman. Una ballena muerta se refleja en el espejo de mi cuarto.

Busco el abrazo de Gervasio. La temperatura le bajó, se está recuperando. Respiro. Una pesadilla la tiene cualquiera. Estoy en mi habitación, todo parece estar en calma. La luz del televisor titila como siempre, un charco de agua brilla en la mesita de luz y su excavadora de plástico me agujerea el pie izquierdo. Cierro los ojos. La cara del hombre sonríe otra vez. No puedo distinguir la forma del contenido. ¿Cuándo me dormí? ¿Soñé? ¿Por qué me sangran los dedos?

Me toco la frente, debo estar enferma, muy enferma. Rosalía se equivocó. La temperatura me afectó el cerebro. No voy a volver a ser yo, las neuronas se pierden de una vez y para siempre. ¿Por qué mi hijo me robó la boca? ¿Y esos dientes? ¿De dónde sacaste esas perlitas perfectas? ¿Vos me mordiste las uñas mientras dormía? ¿Será que me estoy muriendo? ¿Quién me tapó con la sábana mojada?

Me levanto. Miro el celular. No quiero volver a la cama. Tengo miedo. ¿Dónde está mi casa? No voy a poder gritar. Me duele demasiado la garganta. El problema son las neuronas espejo, siempre me contagio de lo que amo. Soy buena para los cuadros sinópticos y pésima para las divisiones. Te amo, gurisito de mi vida. Me escapé como pude, ahora solo me queda esperar a que salga el sol. Pero falta tanto. Antes de las tres de la mañana, la oscuridad es la única verdad que existe.

Dicen que caminar ayuda. La culpa es por no cenar ensalada, algo liviano que invite al sueño. Olvidé el té digestivo antes de acostarme. Rosalía, ¿dónde estás? Cuando me reí dijiste que mi problema era que no aguanto el silencio. Si supieras. Esa obsesión que tenés por separar lo que es de lo que no es. El sueño de la vigilia. El amor del sexo. Las facturas viejas de las nuevas. La luz de la sombra. Mi cuerpo del suyo. Estoy harta del orden de tus papeles, Rosalía. Me cago en la recepción de tu hotelucho de cuarta. ¿Por qué decís que tengo que dormir? ¿Qué hacés cuando te encerrás en tu habitación? Que todo no se puede, dijiste, que el límite es mi hijo y la organización la clave para salir adelante. ¿Y vos qué sabés? Da igual. No hay salvación, querida. Olvidate de que vaya a las clases de gimnasia. Las coreografías de la playa me producen arcadas y las calzas me recuerdan lo fácil que es romperse. La catarsis es apenas un capricho. Mañana voy a estar bien, te lo juro. Confía en mí. Solo tengo que ordenar los pensamientos para no desentonar. Tenés razón. No atragantarme con las medialunas. La vida cotidiana requiere de cierto equilibrio. Voy a poder, sí. Lo que pasa en los sueños queda en los sueños. El temor es un mecanismo de supervivencia. Mañana voy a levantarme temprano y hacerte el desayuno. Demostrarte que soy una

buena hija, una buena madre.

Mentira. El cuerpo sobrevive cada noche. Sos el milagro de mami, menos mal que te bajó la fiebre. Te voy a decir un secreto: si te morís, me mato. El viaje no es un camino de ida y vuelta. No soy un escenario. Soy la madera del suelo y las luces y las sombras y las cámaras en acción. Todo en simultáneo. Vos y yo. Carne, huesos y órganos en movimiento. Entrañas que vibran, escupen y devoran. No represento nada. La cara del asesino no es una metáfora. El cuchillo que tiene en la mano es un delirio capaz de matarme o de abrirme la vida al medio. Una calza agujereada es un tajo incurable. El deseo no es un fantasma, es una realidad que te muerde los talones y te estruja el estómago. Revolución. Pierdo las fronteras. Me diluyo en tu inconsciente. Pero no todavía. Aguantá un poco más, ya falta poco.

¿Dónde está el despertador? ¿Por qué nunca aprendí a programar la alarma? Siempre me quedo dormida o me despierto antes de tiempo. El desayuno. Estoy desfasada. Pero no sola: afuera, una paloma gris le aúlla a la luna. No sabe distinguirse del enemigo. Por suerte, los gatos no se enteran de nada. Detesto las plumas debajo de la cama. Una paloma distraída es una paloma muerta. Me da asco enterrar a los vivos. Limpiar no es para mí. Hacer lugar, tampoco. Rosalía, ¿no te das cuenta de que a esta altura no voy a cambiar? Se me queman las medialunas. El animal blanco persigue al pájaro de acero inoxidable. Clava sus patitas en el almohadón y se relame en silencio. Es una momia perfecta. Quiero besarla. A veces soñamos en simultáneo. Me acaricia y yo le ronroneo al oído. Nos entendemos sin necesidad de hablar. Qué alivio.

Voy a la cocina en puntas de pie. Raspo la olla. El guiso de lentejas siempre es mejor al día siguiente. Los sabores se potencian, no envejecen. La comida me tranquiliza. No es la música la que calma a las fieras. ¿Hacía cuánto que no soñaba? La última vez fui una planta. Suave, verde y redonda. ¿Y las ballenas? ¿Adónde fueron? Mastico la cebolla de verdeo y me lavo los dientes sin dentífrico. No encuentro la tijera para cavar el pozo. La pasta no sale. El agua fría en la nuca ayuda a recuperar la conciencia. ¿Son mis manos las que me tocan? El escalofrío me derrite. Envuelvo mis pies en algodón. ¿Dónde está el papel cuando lo necesito? Nos limpio con la lengua. Una gota de luz alcanza el vidrio pero todavía falta. Recién son las tres de la mañana. El agua me adormece. Escucho su voz del otro lado. Ya va a pasar, ya va a pasar.

Ahora hay sol. Rosalía me lava los pies en una palangana con agua tibia y sal gruesa. Gervasio juega a encastrar vasitos de plástico. Siento los hombros pesados como si hubiera cargado miles de kilos de cemento durante toda la noche. Rosalía tararea un bolero, no puedo ser feliz, no te puedo olvidar, lalalala, eso me hace pensar.

Me duele la luz y no puedo moverme. Gervasio aplaude. Un ligero temblor en las manos me recuerda que estoy viva.

—¿Qué pasó? —pregunto.

—Una mala noche, nada más.

—¿Y la fiebre?

—Él ya está perfecto. Le cambié la ropa y lavé las sábanas. A vos te di una de mis pastillas, te hizo efecto rápido. No te preocupes, está todo arreglado. ¿Conocés esta canción? No me la puedo despegar. ¿De quién era?

—¿También tuve fiebre?

—Ardías.

Cierro los ojos. Le pido a Rosalía que abra un poco más la ventana. Me gusta sentir los rayos de sol en la cara. Todo se pone rojo. Me ablando. Lo escucho hablar y su voz parece venir de muy lejos. ¿Es mi hijo? ¿Sos vos, mi amor? Se acerca saltando como una rana fuera de control. Conozco esos pasos. No hace falta que abra los ojos. Son brutos, salvajes, de una felicidad absurda y exagerada. Rosalía dice dejá descansar a tu mami, pero yo lo alzo y lo siento sobre mis piernas. Ahora sí lo miro. Abrimos los cuatro ojos enormes que tenemos y, de pronto, nos ponemos serios. Le toco la pera y los dientes. Él se ríe. Se retuerce como una anguila. Le hago cosquillas, se vuelve chinito. Después se cuelga de mis hombros y me tira del pelo. Me hace doler. Le muerdo el pie. Vuelve a reír. Le como la patita. ¡Ay, pero qué olor a pata! Salí, mami, salí, y otra vez su risa iluminando mi palidez. De pronto se zafa. Tira el agua de la palangana al suelo. Festeja a los gritos.

—¡Me empaparon! —dice Rosalía.

Me levanto y de un salto la abrazo con todo el cuerpo. Enredo las piernas a su cintura flácida, hundo los brazos en su cuello que huele a colonia. Le pellizco los cachetes. ¿Dónde está tu nariz? Gervasio le tira agua en la cara.

—¡Cosquillas! —grito.

De un segundo al otro estamos los tres estampados contra el piso, Rosalía abajo, como una alfombra espástica, se ríe y pide por favor basta. Mi hijo le aprieta las tetas mientras yo le mastico el dedo gordo del pie. Somos un monstruo de tres cabezas que gira sobre los cristales de sal. Nos reímos como hienas y nos abrazamos mientras el agua se escapa por debajo de la puerta.

Me acuesto sobre la arena y lo miro jugar. Hace pozos y castillos dándole la espalda al mar. El mar, esa criatura madre que nos observa desde la orilla y no se inmota por nada. Late como una bestia dormida mientras las gaviotas sobrevuelan la espuma. Su inmensidad alivia la angustia de saber que algún día no vamos a estar. Lo miro y soy inmortal.

Estamos solos en la playa. El mar es una mujer que me llama. Nosotros de un lado, ella del otro. Separados por una línea difusa de yodo, la sangre marrón que da comienzo a la vida. La miro de frente y siento ganas de besarla, de sumergirme en sus aguas hasta desaparecer. Ella también me mira, pero a diferencia de mí, sabe todo. Su silencio es la respuesta. El cielo flota y se hunde en el horizonte. ¿Dónde están las gaviotas ahora? Puedo sentir las, escondidas, a la espera de que la marea suba.

Un pájaro grita y se transforma en flecha. Penetra al mar y regresa con un pez en la boca. Se deja llevar por el viento. Respiro profundo y toco los restos de un tiempo extinguido. Estar vivo es esta confusión.

Vamos al agua, hijo, le digo, pero no responde. Lo dejo en su círculo de arena y camino hacia la orilla. Está fría. Junto las manos y me salpico la cara. El sabor a sal me da una extraña alegría. La ilusión de que nada importa. Me saco la ropa y me lanzo sin pensar. El shock me contrae las arterias. Tiemblo. Gervasio me saluda desde el otro lado. Vuelvo a meterme, esta vez bajo la rugosidad de una ola que me rodea como si yo fuese una bestia marina. Ya no siento frío. Soy parte. Mi piel es invisible y mi lengua se cubre de caracoles. El mundo desde acá parece una broma.

Caminamos con Serge por la orilla. Gervasio va adelante con los brazos abiertos, dice que vuela. Es incómodo lo nuestro. No sé por qué acepté su invitación. Él está en otro lado, mira el mar, se pierde en algún rincón secreto de su cabeza. Cada tanto suspira. No sé si es fastidio o tristeza, da igual.

Al fin llegamos a la casa. Serge pateo la piedra que traba la puerta y nos hace pasar. Gervasio entra corriendo y se pierde en el pasillo. Serge prende un velador y levanta la persiana que da al mar, la niebla no deja ver el horizonte. Hay revistas viejas de biología amontonadas por todos lados, no recuerdo haberlas visto la última vez. Nos sentamos en un sillón gastado. Serge pone agua a hervir. Me da una taza con dibujos de peces. Qué original lo suyo. Me quedo mirando la ondulación de las escamas, toco la pintura verde y se despega de la cerámica. Escondo los restos bajo mi pantalón, cruzo las piernas, espero.

—¿Le gustan?

—Sí —le digo y vuelvo con una carpeta de dibujos.

—Pintar es una cosa bueno para las articulaciones.

—¿No hay personas?

—Las personas me distraen lo suficiente.

Tomamos café amargo mientras Gervasio apila frascos vacíos en el suelo. El pelo de Serge se parece a las algas. Es un hombre feo. Demasiado flaco, tiene los huesos afilados y la espalda curva. Sus ojos me esquivan siempre que pueden, no sabe mirar y su casa es una cueva. El relieve de un mar seco. No hay vida acá adentro. Miro su boca, lastimada por el viento salado y el frío de la noche. ¿Dormirá?

Pienso en besarlo y me da repulsión, pero al mismo tiempo no puedo dejar de sentir una especie de electricidad cada vez que lo tengo cerca. Su respiración me humedece. Se sienta al lado mío con la indiferencia de una planta y mi corazón galopa. El asco y la exaltación se tocan. Cierro los ojos y su olor, mezcla de océano y formol, me envuelve como una sábana. Mi entrepierna vibra. Trago saliva, mis labios desbordan. Pienso que es imposible que no se dé cuenta. Todo lo horrible de él me araña por dentro. Rozo su tobillo con mi pierna. Ni se entera. Su exceso de tranquilidad me genera violencia. Quiero arrancarle la ropa y morderlo hasta sentir el gusto de su sangre. Que lllore, que demuestre que no es un fósil. Pedime perdón, Serge. Después te abrazo y dormimos desnudos, tu espalda encorvada bajo mi lengua. Vamos a soñar con ballenas muertas hasta la hora del desayuno. Nos vamos a olvidar de todo esto. El ruido del mar es lo único que existe además de nosotros.

Alguien me sacude. Es Gervasio, que quiere ir a casa. La maternidad disciplina mi deseo. Me disfrazo de normal. Me ato el pelo bien tirante, sonrío y disimulo. Por dentro soy un caballo desbocado, pero nadie lo nota. A veces, hasta yo misma lo olvido. El bombeo de su corazón me sacude por las noches, cuando mi hijo duerme y el silencio se vuelve carne. Un destello en la mitad del estómago. Ganas de clavarle los dientes en el cuello al primer desconocido. Duerme, mi niño, duerme, que tu mami piensa en la pequeña muerte mientras te acuna.

—Pronto vuelvo —dice Serge.

—¿Adónde?

—Al trabajo de campo. Tomar muestras, investigar en profundidad.

—¿A Francia volvés?

—Primero a la mar y de la mar al instituto.

—¿Y todo lo que tenés acá?

—Les puedo regalar los frascos para decorar la habitación del niño. Son valor simbólico.

El vacío me retumba en el estómago. Alzo a Gervasio y camino rápido hacia la puerta.

—Ya es tarde, hora de cenar.

—Gracias —dice.

—No quiero los frascos. A Rosalía no le gusta la mugre y mi hijo no tiene habitación.

—Perdón, ¿la mugre?

—Deje, deje. Nos vemos.

Volvemos al hotel por las calles de tierra. No quiero ver el mar. Gervasio se queda dormido sobre mí. Arrastro kilos de hijo hasta la cama. Me duele la cintura y me tiemblan las manos. Rosalía no está, debe haber ido al pueblo. Apago la luz y me acuesto a dormir.

Al día siguiente, a la madrugada, Serge viene a buscarme. Su aparición me produce algo similar al vértigo. Siento el impulso de besarlo, pero mantengo una distancia prudente. El límite es lo único que puede salvarme.

—Creí que no íbamos a volver a vernos —le digo.

—Necesito dejarle un recado, solo unos minutos.

Me molesta su confianza, quién se piensa que es para caer así, de pronto, y encima exigir favores. Quisiera echarlo, pero su olor me da palpitaciones. Mi cuerpo avanza antes de que pueda pensar.

—Gervasio duerme —le digo.

—Es enseguida —responde y me agarra la mano. Aprieto sus venas contra las mías y caminamos rápido hasta una furgoneta que hay estacionada en la esquina.

Adentro es una especie de laboratorio ambulante. Hay luces blancas, computadoras y aparatos modernos. No se parece en nada a la cabañita de la costa. Tiene una cama bien tendida y todo huele a limpio. Lo miro. Él también está distinto. Sobre el escritorio hay una foto en blanco y negro. Un niño gatea sobre la arena.

—¿De dónde salió?

—Eso no es importante.

—¿Es usted?

—Yo soy de antes. No tenemos mucho tiempo.

Serge vuelve a agarrarme la mano, hay algo extraño en su manera de moverse. Parece otro. Me mira fijo por primera vez y descubro que tiene un tono verde rojizo, como si hubiera estado durante horas con los ojos abiertos debajo del agua. O tal vez sea el insomnio.

—¿Durmió bien?

—Estoy cerca.

—Demasiado.

—Aquí —dice y abre un armario. Entre los estantes hay una pecera rodeada de luces calientes. El feto de la ballena late como una medusa. El cordón umbilical sale por un orificio y se conecta a un sachet de transfusiones que cuelga de una percha. Una pantalla táctil muestra la frecuencia del corazón de la criatura: cuatro por minuto.

—Casi no respira.

—No se preocupe. Los cetáceos son capaces de disminuir su frecuencia cardíaca hasta un extremo ilógico. Lo hacen durante sus inmersiones profundas, algo similar ocurrió con este ejemplar luego de incubarlo. Un humano usual muere por debajo de las cincuenta pulsaciones, el único mamífero capaz de resistir es la ballena. Estudio el comportamiento de su corazón para

salvarnos.

—¿Qué tienen en común?

—Mucho. Vivieron sesenta millones de años en la Tierra, y recién luego se mudaron a la mar, tienen tantas similitudes con el humano que no creería. Pero sabemos muy poco.

—¿Y la sangre? ¿De dónde salió?

—Donación para la ciencia. Sobra sangre, faltan personas con causas.

—¿Causas?

—La revolución es el deseo. Observe.

—¿Va a sobrevivir?

—No lo hará. Pero hay que proteger la muestra. Una vez investigada será refrigerada, embalada y trasladada de regreso para el proceso de momificación. Hay que garantizar su utilidad futura. Lo que tiene frente a sus ojos es una bomba de tiempo.

—¿Usted puede viajar con eso?

—¿Ve esas extremidades incipientes? Son patas, mi querida. Lo encontré. Atravesamos la involución de las especies. Saltamos hacia el pasado.

—O sea que nos vamos a extinguir otra vez.

—Es un círculo, el devenir animal. La salvación nuestra.

—No entiendo.

—Eso no importa, nadie lo hace. De eso se trata el encanto de la demencia.

—¿Vamos a morir?

—Al revés, es el fin. Se termina la domesticación. Hace cuarenta millones de años las ballenas eran terrestres, las aletas dorsales que usted conoce son vestigios de los antepasados. Ahora los mamíferos hacen el camino inverso. Ellas regresan a la tierra y nosotros a lo salvaje, al mundo propio.

—¿Hay otro?

—Construir un territorio nuevo es nacer. Siempre es otro.

—¿Y cuál es la frontera de ese territorio? ¿Cómo vamos a nacer los que ya tenemos un nombre?

—Antes hay que romper, y después volver a romper. No existe más el nombre, olvídense de todo lo aprendido.

—Usted no es claro.

—La palabra todavía no es. La miro y me siento al acecho.

—¿Se siente hecho? ¿Usted está bien?

—La madurez del mar es transformarse en un herbívoro. A eso vamos.

—¿Y la ballena?

—En el principio fue la ballena.

—Tengo que volver con mi hijo. Es la hora de su desayuno.

—Guarde esto —dice y me da un papel doblado—. La cadena evolutiva se quebró. Que nadie lo encuentre. Yo parto ahora mismo, quiero que llegue con vida y el riesgo en las alturas es alto. Necesito tomar muestras más complejas. Tengo el sentido acá.

—Está loco. La va a matar.

—La quiero.

—No le prometo nada.

Ofrenda

La conversación con Serge me dejó confundida. Miro el papel que me dio pero eso no aclara las cosas. Me pierdo en las cadenas evolutivas. Todo se parece demasiado. Gervasio sigue durmiendo y Rosalía no viene desde anoche, debe haber perdido el último colectivo, seguro durmió en Polines. Me acuesto un rato, pero apenas cierro los ojos escucho el timbre. Bajo corriendo para que deje de sonar, no quiero que Gervasio se despierte. Del otro lado está el vecino. Abro la puerta y entra sin pedir permiso, se sienta y empieza a hablar mientras se mira los pies.

—No vengo con buenas noticias. Rosalía ayer se descompensó. Por suerte estábamos con mi señora y la llevamos al hospital, pero no está bien. Los médicos dicen que no se sabe, que fue muy fuerte, que está encomendada a Dios.

—¿Cómo? No entiendo. ¿Qué le pasó?

—Perdió el habla y después se desmayó.

—¿Y ahora?

—Está inconsciente. Intentan ubicar al hijo, pero nadie de por acá sabe dónde está, necesitan su autorización, la de un familiar.

Siento que me desarmo, mi cuerpo es un rompecabezas y las piezas se hinchan. Nada encaja. Quiero vomitar.

—¿Se va a morir?

—Hay que confiar.

Le pido que se quede con Gervasio. Dice que sí y se sirve una medida del licor de dulce de leche que hay en el recibidor. Saco plata de la caja y pido un remis.

Quizá esté exagerando, puede ser que a Rosalía le haya bajado la presión y nada más. Nunca fue de hablar demasiado. ¿Y el hijo? ¿Cómo lo encuentro? ¿Me creerán si me hago pasar por la hija?

El auto avanza por la calle que da a la costa. Los pozos del asfalto me revuelven el estómago. Abro la ventana, respiro profundo. El aire de mar me despierta. Nos alejamos del pueblo. Los médanos se deshacen de a poco. Me quedo mirando la masa de agua en movimiento, el reflejo del sol que brilla sobre las olas. Parpadean. A lo lejos, una ballena salta. Se forma un hueco en el agua rodeado de espuma, una catarata invertida. El animal gira en círculo y vuelve a saltar.

—Con luna llena se ponen como locas —dice el hombre.

—¿La vio?

—Sí, andan por todos lados. Escuché que están en época de aparearse. Por suerte ya no se atascan en la arena.

—¿Se quedarán?

—Estos bichos son raros, ni la ciencia los entiende.

En el hospital me piden los datos y me hacen pasar a terapia intensiva. Diez minutos, dice la enfermera. Rosalía está rodeada de personas que duermen entre cables con los ojos abiertos. El ruido de las máquinas y el olor a alcohol en gel me ponen nerviosa. Quiero salir corriendo pero en vez de eso camino en puntas de pie. La enfermera me hace una seña con la mano y me muestra el reloj.

Atravieso las camas de acero. Los cuerpos desnudos se asoman entre las sábanas. La piel de los enfermos es una grieta seca que se abre, se escuchan gemidos sin fuerza, alguien que se ahoga. El pasillo es una eternidad. Al fin me encuentro con la paciente número 184. No parece Rosalía. Un tubo de plástico amarillo le asoma entre los labios, tiene enchufes en el pecho y las manos heladas. Le subo la manta blanca hasta el cuello, le acaricio el pelo. Duerme como un bebé, pero una mueca de horror se le dibuja en los surcos de la cara. Envejeció de pronto.

—Rosalía —le digo al oído—. ¿Me escuchás?

La miro con atención, esperando un movimiento, una señal de algo que no aparece. Es como si estuviera dormida en el fondo del mar.

—¿Escucha? —le pregunto a la enfermera.

—Ni idea —responde levantando los hombros.

La miro fijo, no quiero olvidarme nunca de su cara. La miro fijo pero no la encuentro.

Antes de salir me apoyo contra su cuerpo. Vas a estar bien, le digo. Le acaricio las pestañas como si fueran las de mi hijo, vuelvo a abrazarla. Su respiración artificial me deja sin aire. Por favor no te mueras.

—Señorita, tiene que salir, hay otros esperando.

La abrazo más fuerte, le beso los párpados, tendría que haberle traído un poco de colonia, a ella que le gusta andar perfumada.

—Señorita, por favor.

—Un segundo.

Vuelvo a mirarla. Ahí, detrás de la boca agujereada y los ojos sellados, de su gesto duro y violento, la veo por un segundo. En el centro de su muerte, estoy yo. Hundida.

Llego y lo encuentro a Gervasio solo. El vecino está encerrado en el baño. Dice que el licor lo descompuso. Voy con mi hijo a la cocina. Lo único que hay para comer son papas. La humedad del cajón las hizo germinar. Los tubérculos se desperezan y quiebran la cáscara. La vida se impone. Me lavo las manos dos veces con detergente. Quiero sacarme el olor a hospital.

Siento a Gervasio sobre la mesada y le digo que arme un trencito con las rodajas que le voy a ir pasando. El vecino sale del baño, pide disculpas y dice que por favor lo mantenga informado. Nos saludamos de lejos, creo que sigue borracho. Afilo el cuchillo de Rosalía. Corto las ramificaciones, arranco los brazos de las papas como si fueran los tentáculos de un pulpo. Las raíces las tiro al tacho de basura. Después las pelo y las meto abajo del agua fría. Gervasio empieza a quejarse. Quiere las rodajas para su tren. Agarro una papa y hundo el filo del Tramontina. Calculo mal y me corto la palma de la mano. La sangre sale disparada con fuerza, Gervasio llora. Agarro un repasador y me lo ato para detener la hemorragia. Limpio la mesa con un papel de diario. Gervasio empieza a pegar patadas contra todo. Le agarro el brazo con fuerza y llora más fuerte. Mi mano vuelve a sangrar. Ajusto el repasador hasta cortar la circulación de mis venas. Mis dedos se ponen pálidos. Vamos a la cama. Nos dormimos sin bajar las persianas.

La siesta me deja más cansada que antes. Lo que queda del día lo pasamos tirados en el sillón

sin hacer nada. No me animo a llamar al hospital. Cuando se hace de noche, preparo una bañera caliente y nos metemos los dos juntos. Tiro el shampoo que queda en el frasco y enciendo la ducha. Pongo los hombros debajo del chorro de agua y la mano lastimada afuera, envuelta en una bolsa de nailon. Flotamos en una pileta de espuma blanquísima. Gervasio festeja y se traga las burbujas. Después nos vamos a la cama sin cenar.

Me despierto porque alguien tironea de mi remera. Es Gervasio que quiere teta. Lo empujo contra la almohada y le digo que no, que me deje dormir, que se duerma, que basta. Pero a él no le interesa. Dale, dale, grita mientras me sacude. Quiere devorarme, adherirse a mi cuerpo como si fuéramos una misma cosa, vaciarme hasta la última gota. No sos más un bebé, le digo, y entonces el llanto, el bebé que se enoja y me mira con ojos de chiquito abandonado. La madre que se agacha y lo abraza, quiere calmarlo, vení, mi amor, no llores. Pero no hay forma, el maleducado grita y me araña. Andá a cagar, le digo y me levanto sin poder recordar lo que estaba soñando.

Abro la ventana, recién está amaneciendo. Un concierto de pájaros celebra la salida del sol. ¿Cómo habrá pasado la noche Rosalía? Miro su habitación, la cama tendida, los almohadones impecables, cada uno en su lugar. Cierro la puerta y voy a la cocina. Saco la leche de la heladera y lavo la mamadera. El accidente de ayer se hace carne: el tajo se abre, mi mano herida late bajo el chorro de agua caliente. Pelar papas para un almuerzo puede convertirse en un crimen. Madre se desangra alimentando a su hijo, podría ser el título de un diario local. Pero no, en eso también fracasé. El suicidio apenas me rasguñó. Soy cobarde de nacimiento. Ahora mis tejidos se manifiestan sobre los platos sucios y las papas a medio cortar.

Gervasio se arranca el pañal en el living. Caga sobre la alfombra. Levanto la inmundicia con papel higiénico. Le pido que me alcance un trapo y viene con un pantaloncito limpio. Tiro el papel al tacho, dejo que los restos se pudran, total no hay testigos y el hotel ya es un desastre. No quiero hacer la cama ni barrer los pasillos, los platos de ayer que los lave otro. Suena el teléfono. Atiendo sin pensar, un hombre disfónico se presenta como Jorge. Es el hijo de Rosalía. Dice que murió a las 5:45.

—Estoy viajando para allá. Por favor, necesito que desocupes la casa de mi madre. No quiero más problemas.

Corto sin responder. Abrazo a Gervasio. Hace cuánto no salimos a caminar. Hagamos jardinería, le digo a mi hijo y me escondo en su pelo. Las manos me tiemblan, mi cuerpo se convierte a estado gaseoso. Me aferro a su cuello para no salir volando. Aguantá, respirá, basta, me digo y lo levanto por el aire como si fuera un avioncito.

Buscamos la pala y el balde. Sobre las sogas del fondo, vuela la ropa tendida de Rosalía. Su delantal de cocina parece una paloma atada, se mueve con el viento y choca contra las hojas del laurel. El rocío mojó todo lo que estaba seco. Anoche tendría que haber descolgado sus pantalones. Estiro la ropa sobre la soga para que no haga falta plancharla, como me enseñó mi madre. Algunas bombachas se volaron por el viento. Las sujeto con los broches y se me hace un nudo en la garganta.

Gervasio junta pinocha, escarba la tierra hasta que se vuelve arena. La guarda en el bolsillo, se acerca despacio y me la tira en la cara. Me arden los ojos.

Pasamos la mañana entera haciendo montañas de ramas y hojas. Construimos torres y refugios para los bichos del bosque. Buscamos escarabajos y los obligamos a coronar la cima. Los empujamos con un palito. Gervasio quiere matarlos, no lo detengo. Les clava una rama puntiaguda y grita ¡mueto! Después corre y revolea arena para todos lados. Me abraza y frota su nariz contra la mía.

Mientras él se divierte matando insectos, yo busco pulgones. Esos malditos bichos sin cara. Los odio. El jabón potásico que les puso Rosalía no sirvió para nada. El tabaco, tampoco. Hay que ir a lo seguro: le pido a mi hijo que me preste su arma y la clavo en el centro de la comunidad. Exploto uno por uno, la muerte me hace agua la boca. Después paso un hisopo, un algodoncito húmedo para no dejar rastros de la masacre. Arrancamos los yuyos. ¿Y mi leche?, pregunta. Cierto, me olvidé su mamadera. Dejamos la pala, el balde y los cuerpos despedazados sobre el pasto. Volvemos a casa, acuesto a Gervasio en el sillón. Le digo que se quede ahí, que se porte bien, que mamita se va a bañar. Te amo, le digo y huyo de él como una bestia que se encuentra con su predador en medio de un descampado.

Doy un portazo, me saco la ropa, abro la ducha. El momento de bañarme es sagrado. Mi único lugar propio. Cierro los ojos, dejo que el vapor me limpie las ideas, escupo sobre los azulejos, aflojo los hombros, limpio la herida. Podría deshacerme en mil partículas de agua, irme por la cañería, liberarme. Un golpe seco interrumpe el divague. ¿Qué pasó?, grito y nadie responde. ¿Estás bien?, y nada. Apago la ducha, salgo con el pelo sin enjuagar, la espuma se resbala por mi cuello. Corro a la recepción. Teta, dice y se ríe.

La mamadera voló por el aire, hay gotas de leche por todos lados. Una constelación láctea. Me visto con lo primero que encuentro. Improviso una venda con algodón y cinta adhesiva. Alzo a mi hijo, nos vamos a la playa, le digo. ¡A volar!, responde eufórico. Disfruta del viento que golpea contra sus cachetes mientras yo avanzo a toda velocidad y me quedo sin aire.

Antes de irnos, saco del freezer una bolsa de medialunas congeladas. Agarro la plata de la caja y pido un remis para la terminal. A Gervasio le cambio la ropa, yo me quedo con lo puesto. Me sacudo la arena y me perfumo con la colonia de Rosalía. Cierro la puerta con llave y dejo el manojito detrás de la maceta de romero. Me despido del hotel dándole la espalda.

Subimos al auto, Gervasio chupa una medialuna. El tipo a cada rato se da vuelta y me mira las piernas. Maneja rápido y tiene la cara curtida por el sol. Qué lindo el chiquito, dice por el espejo retrovisor. La mejor edad. Se le acumula grasa en los ojos y se lame los labios como si fuera una serpiente encerrada en una caja. Su tic nervioso me desespera. Miro sus manos sobre el volante. Tiene los dedos gordos y las uñas perfectas, pintadas con un brillito sutil que rebota contra el sol. Ahora me muestra los dientes. Su lengua tibia e inútil se asoma entre los labios resecos. Creo que lo odio. Pienso en reventarle la cabeza con el matafuego como si fuera el padre de todos los pulgones. Limpiar sus restos con toallitas para bebé. Abandonar el auto. Prender fuego los asientos de cuerina. Calentarme al lado de la fogata mientras su gordura se derrite y forma un charco sobre el asfalto. Salir corriendo y no volver nunca. Que se incendie el mundo.

—¿Fumás?

—No, gracias.

Miro mi estúpida venda. El tajo que se esconde detrás del algodón como si no existiera. La arranco de un tirón. La sangre seca parece una boca abierta. Lanzo el grito por la ventana mientras Gervasio se queda dormido sobre mis piernas. El hombre me pregunta si estoy bien, le digo que sí.

—Me bajo acá.

—Puro acantilado, señora, la dejo más arriba.

—Pare el auto.

Le doy un billete, me cuelgo a mi hijo que dormido pesa el doble. Lo acomodo sobre mi pecho y me quedo parada sobre el asfalto, sin saber qué hacer. Sus pies me llegan a las rodillas. No sé en qué momento creció tanto. El hombre me grita loca desde el auto y acelera hasta perderse en la ruta.

Miro para adelante y hacia atrás. De un lado, el pueblo salpicado de casas y ladridos de perros callejeros. Del otro, el remís que se aleja y desaparece en una curva. No hay nadie en ninguna parte. Abrazo a Gervasio y escucho el ruido del mar. No quiero seguir. Meto la mano en el bolsillo y saco el papel que me dio Serge. Está arrugado, pero sigue entero. Lo miro como quien intenta descifrar un mapa. Lo doblo para que quede prolijo y lo guardo adentro de la zapatilla de mi hijo.

Pateo la arena, camino por el borde del acantilado. Llegamos a una bajada de rocas, me tropiezo y él se despierta, mete la mano por debajo de mi remera. Dormí, le digo, y sigo caminando con la espalda encorvada por el peso. Miro el suelo para no perder el equilibrio. Al fin aterrizamos en la orilla, la marea está alta. No hay caracoles. Me descalzo y meto los pies en el agua. Gervasio se levanta y se pone a jugar. Hace un pozo con las uñas, lo aprendió de los perros.

Improviso una almohada y me acuesto. Cierro los ojos. El sol me hace bien. Entreabro los labios, trago partículas de sal, respiro la arena que mi hijo me tira encima. Mi cuerpo comienza a desaparecer. Primero las piernas, después los brazos, el torso, las tetas deslechadas que se dibujan inútiles bajo un manto de arena húmeda. Lo único que queda de mí es el fragmento. Mi pie se convierte en la cima de un castillo, mi hijo clava una rama entre mis dedos. La bandera de su patria es una bolsa de supermercado abandonada. Él mira y aplaude. No me resisto, observo con calma mi propio entierro. La muerte se reduce a un hormigueo en los extremos. ¿Qué vendrá después?

Me entrego al juego, no siento nada, ni siquiera miedo. Escucho el sonido de las olas golpeando contra las rocas y repito en silencio que todo va a estar bien.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

